

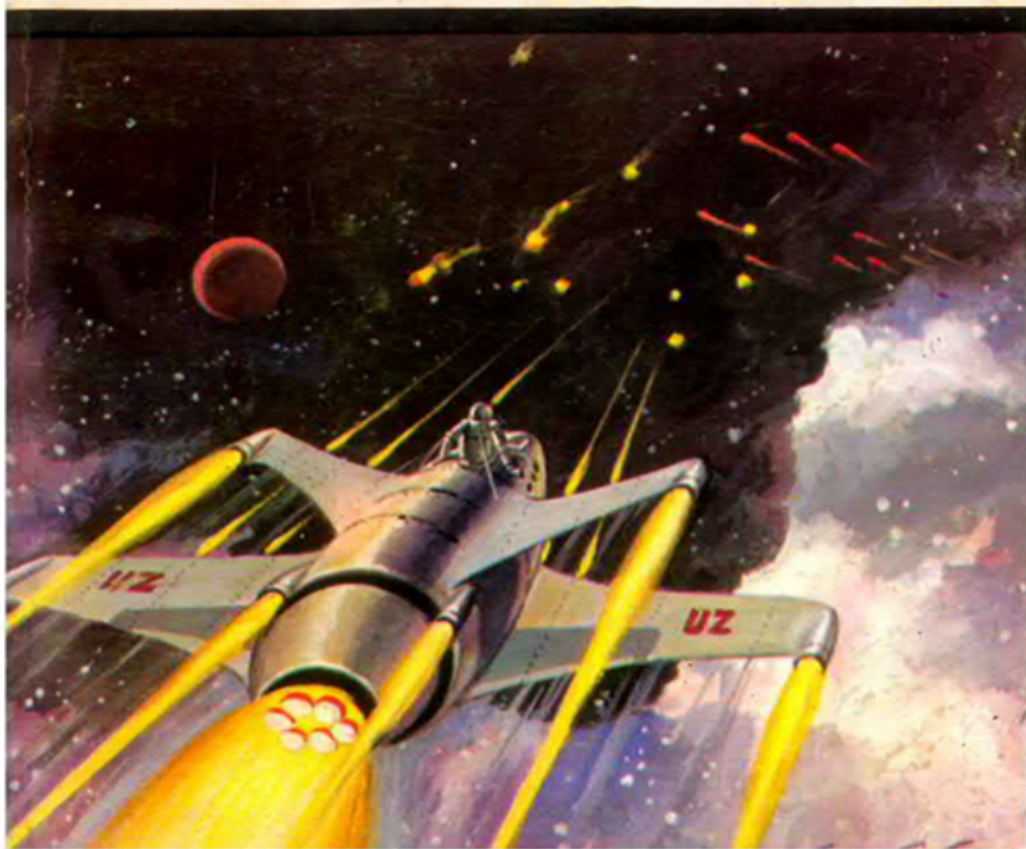
BOLSIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

COMISARIO ESPACIAL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

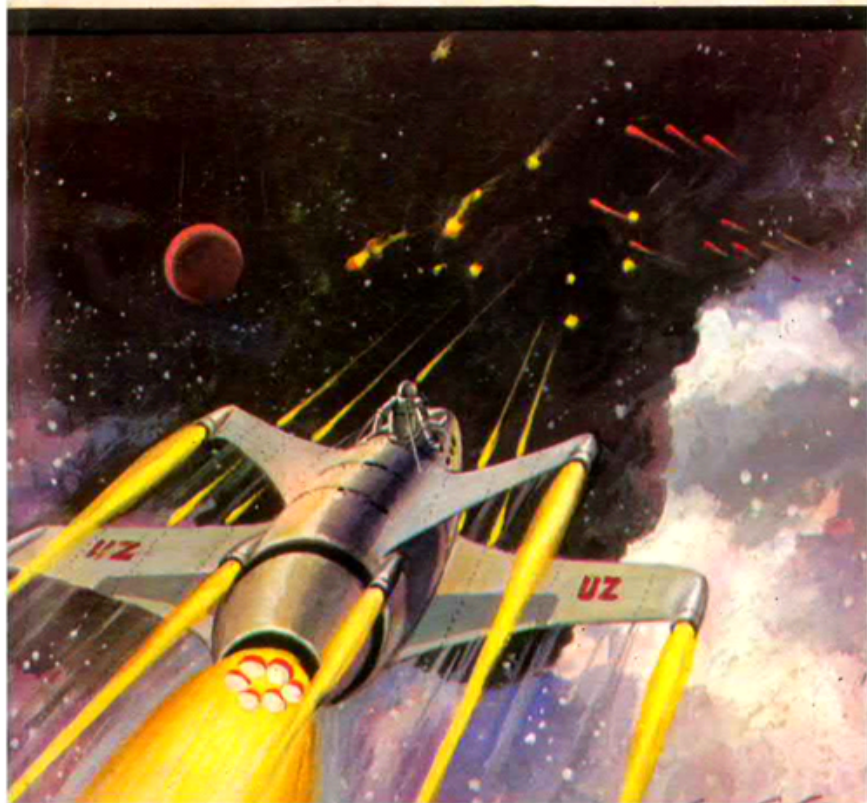
la conquista del

ESPACIO

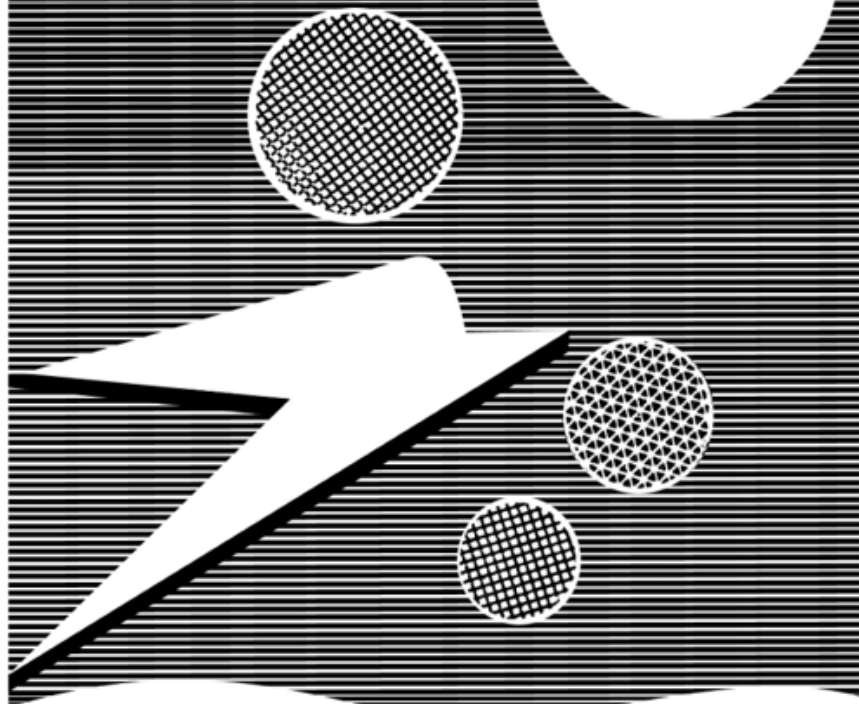
COMISARIO ESPACIAL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RALPF BARBY

COMISARIO ESPACIAL

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 286



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 51.466 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1976

© **RALPH BARBY** - 1976

texto

© **ANTONIO BERNAL**- 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CAPITULO PRIMERO

El joven comandante Wal van Reims observaba impasible la pantalla a color y tridimensional de su televisor. Estaban pasando noticias, unas noticias que se referían a él concretamente.

Una voz en "off" describía las imágenes de su nave interplanetaria tomando tierra en el astrodromo central del ejército interplanetario.

—Estás hecho todo un héroe y yo tengo la suerte de estar contigo —ronroneo la belleza que tenía junto a él.

Era una belleza cálida, de cabellos negros con mechones turquesa, del mismo color que sus pupilas. La fémina tenía un cuerpo suave y alargado que se ondulaba a cada movimiento que hacía.

—Si sigue hablando ese sujeto de la "tele", me voy a tener que sonrojar objetó Van Reims mientras picaba con los dedos píldoras de maní compuesto con aporte provitamínico.

—¿Por qué, Wal? Si tú eres el mejor cosmonauta que tiene la federación terrestre.

—En la federación marciana hay otro muy bueno —observó.

—Sí, todos aquí en la Tierra y en la Luna hemos oído hablar del comandante Lesteresa. El y su cuadrilla astronáutica son de temer. En los últimos choques que hubieron entre la federación terrestre y la marciana, Lesteresa nos causó muchas y sensibles bajas entre nuestros mejores cosmonautas.

—Nadie mejor que tú para saberlo, ya que perteneces al departamento de estadística militar.

En aquel momento, sonó el suave zumbido del videoteléfono portátil. Wal alargó la mano y lo tomó, colocándoselo sobre las piernas, pues se hallaba sentado en el sofá frente al televisor y junto a la mujer que le brindaba grata compañía en su apartamento.

Era muy conocido el éxito de Wal van Reims con las mujeres. Su elevada estatura, su amplitud de hombros contrastando con una aparente delgadez del resto del cuerpo, su fuerza nervuda, su frente despejada, su mentón agresivo, sus ojos claros y sus cabellos rubios, casi albino, lacio y abundante, constituían un poderoso imán para el sexo opuesto.

En la pantalla del videoteléfono inalámbrico pudo ver a un hombre uniformado, lo cual no era raro, pues solían llamarle con frecuencia dado su cargo de cosmonauta militar.

—Aquí el comandante Van Reims.

—Comandante Van Reims, está usted citado para dentro de treinta minutos en la MCuatro.

—¿Cómo, dentro de treinta minutos? Es de madrugada, precisamente ahora están dando el último noticiero de la "tele".

—Es una orden, comandante Van Reims.

—Está bien, una orden.

Desconectó el aparato; no podía hacer nada en contra de aquella orden.

—Querido, no te irás ahora, ¿verdad?

—Qué remedio, me llaman. Ya lo ves, no pueden vivir sin mí. Cualquiera día algo que se me ha estropeado este cacharro de videotape.

—Pero ¿por qué tanta prisa si ahora estamos en franca concordia con la federación marciana? —preguntó la chica.

—Una concordia fría y peligrosa, nunca se sabe cuándo se puede romper esta supuesta paz en que vivimos. En fin, que yo sepa, es cierto que no tenemos problemas con los de Marte, mejor así. Puedes entretenerte pasando una cinta magnetoscópica de telefilme o lo que mejor te guste. Ahí tienes la videoteca, ya la conoces.

—Hum, preferiría visionarte a ti a lo vivo.

—Pues esta noche no va a poder ser, a menos que me suelten pronto los del MCuatro.

Van Reims, que iba con el torso desnudo por su apartamento, se colocó la suave y a la vez dura casaca de escamillas plateadas reverberantes y el casco de reglamento en el que estaban bien visibles las estrellas doradas que significaban su grado, encerradas dentro de un círculo rojo que advertía que pertenecía al ejército del Cosmos.

Tomó el ascensor dejando a su amiga en el apartamento y subió al parking de la azotea.

Tomó su aeronave utilitaria *sport* de lujo, de dos plazas, y se elevó en vertical hasta los tres mil pies. Después, tomó la aeropista rápida y se desplazó por ella a gran velocidad.

En sólo quince minutos, uno menos de los que solían tardar, arribó al Military Cosmos Center y se introdujo por el gran túnel por el que obligadamente debían de pasar todas las naves, pues cualquier nave que tratara de arribar por el aire, rebasando por encima el área de seguridad, era derribada. Sin necesidad de disminuir la velocidad por el interior del túnel, se procedió a su identificación oral y de huellas dactilares por los telesensores.

Al poco, detenía su aparato en la zona de aparcamiento y montándose en uno de los sillones automáticos, pulsó en el programador que dicha butaca llevaba en un brazo, el lugar a donde debía de dirigirse.

La butaca, siempre deslizándose por un sistema de guías, fue recorriendo pasadizos hasta dejarle frente a la MCuatro.

Se apeó, puso la mano en una placa blanca que había junto a la jamba de la puerta, y se encendió un piloto verde. Al instante, las hojas de brillantísimo acero se separaron, dejándole paso franco. Allí no se descuidaba ninguna medida de seguridad.

La Tierra estaba en paz, Marte también, pero siempre surgían los roces y se temían infiltraciones espías. Cada bloque buscaba el punto débil del contrario, en especial para poder conseguir las colonias mineras y científicas ubicadas fuera de la Tierra o Marte.

El oficial que le había hablado por el videoteléfono sonrió fríamente.

—Ha llegado usted en menos del tiempo previsto. ¿Acaso le hemos estropeado una agradable velada o se disponía a irse a la cama?

Van Reims estaba seguro de que el oficial no había podido ver a la amiguita morena del departamento de estadística militar, puesto que se había encarado con él el videoteléfono y la visión del mismo era forzosamente reducida.

—¿Qué le pasa, acaso le hubiera gustado pasear el objetivo del videoteléfono por todo el apartamento?

—Dicen que es usted un hombre muy afortunado con las mujeres.

—Cuando me muestre un parte médico asegurándome que no sufre ninguna lesión cardíaca, puede que vea usted algo impresionante en

su videoteléfono cuando me llame y se suponga que no estoy solo.

—Será un placer permanecer atento ese día.

Van Reims vio brillar muy especialmente los ojos libidinosos de aquel burócrata más bien bajo y obseso que había ingresado en el Cosmos Military Center, para no hacer otra cosa que pasarse los años tras una mesa.

El oficial del MCuatro, que envidiaba la fama y el éxito del comandante Van Reims, en el fondo experimentó cierta satisfacción por haberle estropeado la noche.

—Sígame, comandante.

Echaron a andar y tomaron un ascensor que les descendió a las subplantas, protegidas de cualquier posible ataque por sorpresa.

Al fin, ante la perplejidad del propio Wal van Reims, el burócrata, tras salvar varios controles de seguridad, le condujo al sanctasanctórum que era el despacho del jefe supremo del Cosmos Military Center.

El despacho era muy amplio y espacioso. Van Reims ya lo conocía por haber estado allí en diversas ocasiones, dos de ellas cuando le fueron concedidas las más altas condecoraciones del Cosmos por su reconocido valor en servicios prestados, más allá del cumplimiento de su deber.

El general Malison no estaba solo, había otros dos hombres con él.

Uno vestía el uniforme negro, con casco también negro y franja blanca, que le identificaba como perteneciente al servicio de penitenciaría. Por su graduación debía de ser un alto jefe.

Van Reims no le conocía y tampoco al otro hombre que vestía de paisano. El general Malison no le presentó a ninguno de los dos.

—Adelante, Van Reims. —Dirigiéndose al oficial burócrata, le ordenó —: Aguarde fuera hasta que le llame.

—Sí, mi general, a sus órdenes, mi general.

Se produjo un silencio que no se rompió hasta que el burócrata abandonó la estancia.

Con sus ojos claros, fríos pero sinceros, sin doblez, Van Reims miró directamente al general Malison y éste, encarado con él, le habló.

—Le voy a proponer una misión especial en la que es facultativo de usted aceptar o no.

—Usted sabe, mi general, que si se trata de una misión especial aceptaré de buen grado.

—No esperaba menos, comandante Van Reims, se lo había dicho a los aquí presentes. No es necesario, por el momento, hablar de más.

—¿Podré conocer ahora cuál es la misión? —Sí, porque ahora mismo partirá en su cosmonave.

—¿Ahora mismo? —preguntó, pensando en la chica que había dejado en su apartamento.

—¿Qué sabe del asteroide Ceres, Van Reims? —le preguntó el general, uniformado de negro y que tenía un rostro muy duro y una mirada que a la par que implacable resultaba escrutadora.

—Pues, es de cultura general saber que el asteroide Ceres pertenece al cinturón de asteroides que existe entre Marte y Júpiter. Ceres es el mayor, con ochocientos kilómetros de diámetro.

—¿Nada más? —preguntó ahora el general Malison.

—Bueno, sé que es una colonia minera nuestra. De todos es conocido que Ceres es una penitenciaría redentiva. Creo que un día de trabajo en las minas de Ceres redime tres días de penitenciaría normal aquí en la Tierra.

—Exactamente, es un penal sin rejas, porque de allí no puede escapar nadie —le observó el general del cuerpo de prisiones de la federación terrestre.

—Un penal que produce nuestra energía base —puntualizó el hombre de paisano y que Van Reims supuso era un miembro del gobierno federal, pero no de los hombres que salían en las fiestas sociales, sino de los cerebros grises que realmente gobernaban—. De allí obtenemos la inestimable carbouranita, base energética de nuestra civilización. La Federación Marciana también codicia el asteroide Ceres. No sólo les produciría un gran yacimiento energético de incalculable valor, sino que asestaría un duro golpe a nuestro sistema energético e industrial en general.

—Pero Ceres pertenece a la federación terrestre. Creo que hay firmados ciertos pactos de consenso al respecto. La federación

terrestre que ocupó el asteroide Ceres e instaló allí una colonia minera que terminó convirtiéndose en una colonia minera penitenciaria.

—Sí, y está bien protegida, inalcanzable desde el exterior. El asteroide Ceres quedaría automáticamente destruido de ser ocupado por la federación marciana y conquistar polvo cósmico no interesa, no merece la pena arriesgar nada por lo que se ha destruido —siguió explicando el general de la Military Cosmos Center.

—Sé que existe un sistema de satélites automáticos de control y vigilancia.

El general de prisiones puntualizó:

—Son la equivalencia de las primitivas torretas penitenciarias en las que se apostaban vigilantes con metralletas. Esos satélites son automáticos.

—¿Ha habido problemas con las naves cargueras del mineral de carbouranita Ceres? —preguntó Van Reims.

—No, no hay problemas. Los convoyes de carga han sido siempre debidamente escoltados por cosmonaves militares bien pertrechadas; es más, no han sido atacados. Desde que terminó el bloqueo al que sometieron el asteroide Ceres hace dos años, no ha ocurrido nada calificable de ataque bélico; sin embargo... —Hizo una pausa, como deseando acaparar una mayor atención de sus interlocutores y continuó—: Ceres es importantísimo para nuestra Federación. No sabía Piazzzi cuando descubrió el asteroide en el año 1801, lo importante que iba a ser para nosotros por la carbouranita que en ese asteroide se encuentra en abundancia. Actualmente es nuestra principal fuente de energía y, por tanto, Ceres está muy controlado, pero debido a su lejanía y a los períodos en que el asteroide se aleja del planeta Tierra por tardar su órbita cuatro años en dar la vuelta alrededor del Sol, mientras que la Tierra sólo tarda un año, no podemos mantener allí grandes efectivos militares. La base de su seguridad es que si fuera atacado se destruiría automáticamente, claro que siempre existe la posibilidad de que con tal de privarnos de esa mina gigantesca de carbouranita, los de la federación marciana lo destruyeran, pese a quedarse también sin el asteroide.

El hombre de paisano objetó:

—Sabemos que no harán eso. Los de la Federación Marciana son muy prácticos y se sospecha que quieran apoderarse de Ceres para explotar ellos los yacimientos de mineral.

—Pero eso es imposible, porque al ser atacado el asteroide, quedaría destruido de forma automática —objetó Wal van Reims.

El general Malison, con gesto preocupado, dijo:

—Últimamente se han producido algunas muertes extrañas que el servicio de vigilancia y seguridad de Ceres no ha podido resolver ni explicar. Naturalmente, la investigación debería llevarse con el máximo cuidado y reserva, porque en Ceres todos saben que si estallan los artefactos nucleares que hay colocados casi en su núcleo, no quedaría nadie vivo. Esa es una condición que aceptan todos los que van a Ceres, sean penados voluntarios para redención de condena o el personal no penado y que es variopinto, como usted ya verá. Lógicamente, si se corre la voz de que el asteroide va a estallar, se creará un pánico colectivo de proporciones incalculables.

El general de prisiones fue más drástico hablando.

—Comandante Van Reims, en Ceres ocurren cosas desagradables que alguien debe poner en claro sin provocar el pánico en la colonia minera penal.

—Para eso podría intervenir alguien del servicio de investigaciones —objetó Van Reims.

—No. Hace falta alguien que pueda llegar a Ceres en el mínimo tiempo posible antes de que suceda algo irremediable, y el mejor cosmonauta que tiene la federación terrestre es usted, Van Reims. Hemos de contar también con la eventualidad de que sea atacado en el largo viaje hasta Ceres, y si entra en combate, deberá arreglárselas usted solo, pues habrá de pasar por el espacio sideral bajo jurisdicción marciana. Ahora no disponemos de todo un equipo completo para enviar hacia Ceres; además, eso acarrearía la expectación pública, no puede ser. Si usted está dispuesto a ir a Ceres, ostentará el cargo de comisario interventor general, con plenos poderes incluso para cesar en sus cargos a quien disponga.

—¿Quiere decir que podría cesar en su cargo al mismísimo alcaide de la colonia penal, si hiciera falta?

El general Malison miró al general del cuerpo de prisiones. Este, sin devolverle la mirada, muy seguro de sí, respondió:

—Sí, llevará la documentación necesaria al respecto. Usted, como comisario interventor según ha especificado ya el general Malison, tendrá plenos poderes, claro que de cualquier decisión que tome,

deberá responder más tarde a su regreso, sea en bien o en mal, sea para felicitarle o incoarle proceso si hubiere lugar. Usted entiende por qué le hago estos razonamientos, ¿verdad?

—Sí, mi general. De este modo no me queda más remedio que tomar plena conciencia de cada una de mis decisiones.

—Exactamente. Usted sabe que en un año, sólo en cuatro meses se pueden transmitir señales de comunicación láser desde Ceres a la Tierra. Las ondas radiales convencionales serían captadas por la federación marciana y no interesa en absoluto que ellos se enteren de que tenemos problemas en Ceres. Usted deberá tomar las decisiones por sí mismo. Evidentemente, estará bien provisto de datos. Incorporaremos a su nave espacial una computadora biónica que le proporcionará todos los datos que precise sobre la colonia de Ceres. Dicha computadora sólo podrá utilizarla usted, su memoria no será accesible a nadie más, ya que en ella se encierran muchos datos que no pueden ser conocidos por los penados ni por gran parte del personal no penado. Además, llevará con usted un robot Vulcanium.

—¿Un robot Vulcanium? —repitió extrañado, Wal van Reims, pues nunca había tenido uno a su disposición.

—Sí, un robot Vulcanium —siguió explicando el general Malison—. Ya ha sido programado para usted. No obedecerá a nadie más, sólo usted podrá detenerlo. Dicen que tiene una capacidad ofensiva limitada; sin embargo, es un robot, no un ser humano.

—¿Y si yo muero?

—El robot le sobrevivirá unas horas, le supervivirá el tiempo suficiente para exterminar a quien le haya destruido a usted. Aseguran que su poder es ilimitado, pero siempre dentro de unos límites, como es lógico. Es una máquina muy perfecta, fiable y costosa. Contadísimas personas la tienen a su disposición, entre ellas el presidente de la Federación Terrestre. Usted lo entiende, ¿verdad?

—Nunca hubiera supuesto que me entregarían un guardaespaldas de la calidad del robot Vulcanium. Eso es que ahora debo ser muy importante.

—Si en algún momento se siente muy aburrido, podrá jugar al ajedrez con robot Vulcanium —bromeó el hombre de paisano y que debía pertenecer a la presidencia de la federación; un hombre oscuro, pero que gozaría de plena confianza por parte del mismísimo presidente.

—Bien, Van Reims, creo que ahora es usted quien tiene que decidir.

—No tengo que decidir nada, mi general. Soy su hombre y haré lo que esté en mi mano para averiguar lo que les inquieta.

—De acuerdo. Le prepararé todos los datos ya recibidos. Tenga su placa identificativa.

El general Malison puso sobre la mesa una placa circular en la que se podía leer "Space Comisary. Entre las dos palabras, una encima de la otra, había un sol entre dos rayos que le identificaba como a un comisario de la más alta graduación.

Wal van Reims la tomó y se la prendió del pecho. Su vida iba a cambiar de rumbo, aunque quizá sólo fuera para conducirlo a la muerte.

No habían escogido a un burócrata para intervenir en Ceres, sino a un hombre de combate, y ello era exponente de que los problemas iban a ser muchos y peligrosos; de lo contrario, tampoco le hubieran puesto por compañero nada más y nada menos que a un robot Vulcanium.

Miró a sus tres interlocutores, ellos le escrutaban a su vez. Quizá lo que hacían era poner toda su confianza como hombres y como representantes de la Federación Terrestre en Wal van Reims.

El receso industrial y tecnológico que sufrirían, caso de perder al asteroide Ceres, sería brutal y llevaría a la avanzada civilización del siglo veintidós a una vida que tendría mucho en común con la del siglo diez, es decir, a los principios del medievo, puesto que ni siquiera podría compararse a la del siglo veinte, por haberse agotado todas las bolsas petrolíferas.

CAPITULO II

El viaje hasta el asteroide Ceres era largo, muy largo, casi trescientos millones de kilómetros, pues Ceres no estaba a la misma altura que la Tierra si se tomaba de su órbita el radio en el que debía de quedar atravesado el planeta Tierra.

Wal van Reims tenía la opción de hibernarse, mas no lo había hecho, prefiriendo enfrentarse a la computadora que almacenaba todos los datos sobre la colonia minera de Ceres y todo lo que se refería al asteroide.

Ninguna nave terrestre podía viajar más rápido que la suya, que era una nave especial de combate, con gran capacidad de maniobra, pues poseía dos docenas de motores suplementarios distribuidos por todo el fuselaje de la nave para darle capacidad de girar sobre sí misma y en cualquier dirección, estuviera o no dentro de algún sistema atmosférico.

Tenía las fichas de todos y cada uno de los penados que trabajaban en las minas de carbounanita, del personal de vigilancia y del personal civil, constituido por el grupo de ingenieros y sus esposas y también las esposas o novias de algunos penados y las llamadas *nurses*, que en realidad eran mujeres que acudían voluntariamente a Ceres por un determinado período de tiempo para hacer más grata la vida de los penados.

Por su estancia en Ceres o la atención prestada a los penados que ellas mismas elegían, las *nurses* no percibían ningún tipo de honorarios, lo que descartaba cualquier posibilidad de lucro al respecto.

Al principio, las autoridades se habían opuesto a la presencia de las *nurses* en el penal de Ceres, pero luego accedieron al comprobar que su presencia ayudaba a calmar la excitación y los ánimos de los penados que trabajaban en condiciones tan adversas.

Ellas impedían que muchas neurosis se pusieran en evidencia. Las *nurses* tenían su presencia asegurada y, como los demás, debían aceptar el riesgo de la posible destrucción del asteroide, aunque todos pensaban que la posibilidad de que se autodestruyera el asteroide era muy remota.

Sin embargo, la federación marciana, más conocedora de lo que podía ocurrir en Ceres que los propios que allí trabajaban, sí sabía que Ceres podía convertirse en polvo cósmico si entraba en funcionamiento el

sistema de autodestrucción.

En sus horas de soledad dentro de la nave, Wal van Reims pensó en Dalión, el dictador de la Federación Marciana, una federación nacida tras la rebelión de los colonos de Marte, independizados de su madre la Tierra, hecho que se había repetido varias ocasiones en la civilización humana.

Por ejemplo, estaban los colonos de Estados Unidos que se habían independizado con una guerra de su madre Inglaterra. La separación de la madre y el advenimiento de nuevas generaciones que ya no se sentían vinculadas con la tierra de sus ancestros, aunque conservaran su lengua y su cultura, creaba ese afán de independencia que podía salir bien o mal, pero que siempre significaba una dolorosa ruptura. La mayoría de las veces, esa ruptura se conseguía mediante una sangrienta lucha, como había ocurrido con la Federación Marciana.

Las nuevas generaciones de Marte se habían mutado ligeramente. Sus ojos se habían hecho más grandes y redondos, sus orejas más alargadas y puntiagudas, y el color de su piel, más rojo amoratado.

No obstante, todos no estaban igual de imitados, puesto que todos no tenían una historia tan larga de vida marciana. También estaban los cruces habidos poco antes de la conflagración interplanetaria; por ello, podían darse en Marte hombres y mujeres exactamente iguales a los terrestres, aunque éstos eran observados con desconfianza y no obtenían cargos importantes en el sistema de gobierno que demagógicamente imponía el dictador Dalión.

Lesteresa, el mejor cosmonauta de la Federación Marciana, pertenecía a una de las familias pioneras de la colonización de Marte y su mutación era una de las más complejas.

Wal van Reims no lo había visto personalmente, pero sí en unos reportajes tridimensionales y a color. Si alguna vez se topaba con Lesteresa, le reconocería en el acto. Lesteresa había desintegrado a varios de los cosmonautas de la escuadrilla cósmica que comandara Wal van Reims.

—Comandante Van Reims, comandante Van Reims, intermitencia roja, intermitencia roja.

Wal, que se hallaba en aquellos momentos ensimismado frente a una pantalla, dejando que pasaran datos frente a sus ojos apenas sin mirarlos, puesto que estaba abstraído en sus pensamientos, se volvió y miró al robot Vulcanium, al que familiarmente llamaba Chipper.

Chipper, el robot, era un maravilloso artillero con vestigios de figura humana, pero sólo eso, vestigios. Piernas y brazos articulados, tronco y una cabeza que podía girar trescientos sesenta grados, cosa que no podía hacer un ser humano.

Chipper medía dos metros y medio de altura. Su cuerpo metálico y poderoso brillaba.

Carecía de mandos externos, a excepción de un pequeño rectángulo blanco que tenía en su pecho y en el que sólo Reims podía actuar, pues estaba programado para obedecerle a él. El resto de su cuerpo semejaba invulnerable, incluido su sistema de visión electrónica, protegida por un cristal grueso a prueba de impactos de cualquier clase, pues reverberaba incluso el rayo láser, rechazándolo.

Van Reims se levantó y, caminando delante de Chipper, se dirigió al panel de mandos, donde, efectivamente, había intermitencia roja.

Estaba rebasando el espacio jurisdiccional de Marte y sabía que podía tener problemas.

En realidad, para acortar el tiempo de viaje, estaba cometiendo una ligera ilegalidad, pues violaba el espacio cósmico de Marte, lo que era casi inevitable debido a la amplitud de dicho espacio, que englobaba mucho más allá de las órbitas de sus dos satélites naturales, Fobos y Deimos.

En la pantalla de detección descubrió cuatro puntos luminosos que de inmediato identificó como sendas naves marcianas que iban hacia él en forma de combate cuadrangular, pues su colocación en el espacio formaba un cuadrado perfecto si cada nave se consideraba como vértice.

Aquel sistema dejaba pocas posibilidades de escape a la nave atacada que se intentaba situar en el centro del cuadrado; de este modo, el fuego venía desde cuatro puntos distintos.

Pasó los datos de la computadora al ordenador de combate y colocó bajo fuego a las cuatro naves marcianas.

Wal van Reims, que lucía en su pecho la placa de "Space Comisary", se dijo que si tenía que morir desintegrado en el espacio, no lo haría solo.

Le faltaba el cohete de máxima potencia que solía llevar su nave de combate cósmico; lo había tenido que sacrificar para que en su lugar

fuera montada la computadora de datos del asteroide Ceres.

Se había quedado sin aquel arma expansiva de gran poder que se solía utilizar cuando un cosmonauta se veía encerrado en uno de aquellos mortíferos cuadriláteros de combate. De tenerla, la habría disparado, haciéndola estallar en mitad del cuadrilátero, justo en el lugar que poco después habría de ocupar él.

Si la bomba cósmica estallaba en el punto justo, su onda expansiva alcanzaba a las cuatro naves a un tiempo, pese a la considerable distancia que había entre ellas.

Mas, careciendo del potente cohete que podría destrozar la formación de combate marciana, Van Reims tuvo que disponer su defensa con los cohetes menores que poseía.

Se había sujetado con los atalajes a la butaca anatómica de mando y tenía el pulgar sobre el botón rojo de fuego.

—Chipper, a tus puntos de sujeción —le ordenó.

El robot Vulcanium, que atendía perfectamente al apodo que Van Reims le impusiera, fue hacia una de las paredes. Allí, automáticamente, unos resortes de acero lo sujetaron por si la nave sufría sacudidas.

Avanzó hacia el cuadrilátero mortal sin modificar su rumbo un solo grado. Iba a demostrarles que no les temía. Tenía que dar sensación de seguridad a la formación de combate marciana.

Dejó los circuitos de comunicación abiertos, pero los marcianos no le hicieron ninguna llamada. En pantalla aparecieron ya muy claramente las naves que iban hacia él.

La poderosa lente del teleobjetivo de la cámara que tenía a proa los captaba a la perfección. Van Reims veía sus proas mientras el contador de distancias de las naves enemigas bajaba rápidamente sus cifras.

El viajaba directo al centro del cuadrilátero con el pulgar sobre el botón de "fuego". Si disparaban ellos, Van Reims sólo tendría que oprimir el botón. Tendría tiempo, quizá uno o dos segundos. Sus cohetes partirían hacia sus objetivos y nadie podría detenerlos, aunque a él ya lo hubieran desintegrado.

Las distancias se reducían.

A cualquier cosmonauta le habría temblado el pulso en aquellos instantes o le habría invadido un sudor frío. Estaba al borde de la muerte en el espacio, donde nadie podría recoger ni sus átomos desintegrados.

Contuvo la respiración. Estaba a poca distancia; si ellos iban a dispararle sus armas, tenían que hacerlo ya.

En aquellos momentos, Van Reims se había convertido en una diana perfecta si le disparaban las cuatro naves a la vez.

Pero rebasó por el medio la formación cuadrangular y no sucedió nada. A cualquiera le hubiera traicionado el nerviosismo y habría pulsado el botón de "fuego", pero Van Reims supo conservar su sangre fría en aquellos instantes decisivos para él e incluso para la Federación Terrícola, puesto que se le había confiado una importantísima misión.

Cuando dejó atrás la formación marciana, después de cruzar por su centro, suspiró largamente. Apartó el dedo del botón rojo. Se le había quedado como agarrotado y lo movió en el aire para darle juego. Se volvió en la butaca y miró al robot Vulcanium.

—Hemos salido de ésta, Chipper. Creo que han pensado que no llevábamos malas intenciones respecto a su espacio jurisdiccional y nos lo dejan cruzar tangencialmente. Deben de haber medido nuestra trayectoria y nos han perdonado la vida. Me hubiera gustado saber si uno de ellos era Lesteresa.

La nave navegaba hacia su objetivo, ya sin la preocupación de las naves de combate de la Federación Marciana.

Van Reims soltó de los resortes de sujeción al robot Vulcanium y le preguntó:

—¿Qué te parece si jugamos una partida?

—Yo jugar contigo ajedrez —respondió el robot.

—No, gracias; jugaremos póquer.

—Yo no poder jugar póquer, no estar programado. Póquer ser juego de naipes que...

—Anda, cállate. Ya conozco la historia del póquer y lo que tú sepas más no me interesa. Tú jugarás conmigo al póquer y así irás aprendiendo. Tú mismo irás metiendo en tu memoria las claves del

juego.

—Yo obedecer, Van Reims, yo programar póquer si tú querer que yo conocer póquer.

— Ya sé que al ajedrez me darías mucha guerra; a todos los robots os programan para jugar perfectamente al ajedrez. Tú serás el primero programado para jugar al póquer.

Minutos después, se hallaban sentados ante una mesa, el uno encarado con el otro y el mazo de naipes en el centro.

El robot lo observaba fijamente con su ojo electrónico, dispuesto a aprender aquel juego.

CAPITULO III

Ceres era el mayor asteroide del cinturón de asteroides que existía entre Marte y Júpiter, una barrera que el hombre terrícola, durante generaciones, había considerado infranqueable para la navegación espacial.

Sin embargo, no había resultado tan problemático cruzarla, pues el riesgo de ser alcanzado por uno de los asteroides era mínimo y despreciable.

En la actualidad, la atmósfera de Ceres era similar a la del planeta Tierra, pero para obtenerla había tenido que ser tratada artificialmente, partiendo de la base de las materias primas que Ceres guardaba en sus entrañas: agua helada y nitrógeno en forma de minerales.

La Química y la Física habían liberado los gases, mezclándolos en la proporción adecuada para envolver a Ceres en una atmósfera que, vista desde lejos, ya se parecía a la terrestre por su color azulado.

En Marte se había hecho otro tanto, aunque había costado menos, pues ya existía una atmósfera y sólo había tenido que purificarse. En cambio, en Ceres se había partido de cero.

Tenía una superficie accidentada, muy semejante a la de la Luna por sus cráteres. Algunos de aquellos cráteres se habían aprovechado para instalar en ellos las colonias de supervivencia.

Todo allí debía de estar muy protegido, pues la caída de meteoros sobre Ceres era bastante normal y el tamaño de éstos podía ser desde el de un garbanzo al de un edificio de diez plantas. Por supuesto, si caía uno de estos últimos encima de una de las colonias, no se salvaría nadie.

Había rebasado el cordón de vigilancia de los satélites automáticos, identificándose plenamente. Luego, fue recibido en el astródromo de Ceres por el mismísimo alcaide.

—Bien venido a Ceres, comisario Van Reims.

—Gracias, alcaide Mills. ¿Cómo va todo por aquí?

—Venga a mi despacho y hablaremos. Allí nos esperan el jefe de seguridad, el ingeniero jefe de minas, la señorita Slawia, encargada

del personal civil, y el doctor Baulle.

—Pues vayamos a su despacho, alcaide, pero él viene conmigo.

Tras Van Reims apareció la figura de Chipper. Su aspecto era de invulnerabilidad, todo en él parecía perfecto e imponente. Si se le temía, llegaba a sobrecoger.

—Un robot Vulcanium —exclamó el alcaide, sorprendido

—¿Qué le pasa, alcaide, no había visto nunca antes a un robot Vulcanium?

—Sólo en las pantallas de mi televisor. Aquí en Ceres tenemos algunos robots que hacen el trabajo más fácil a los penados que laboran en las minas, pero distan mucho de ser un robot Vulcanium. Con decirle que hemos de tener siempre dispuesto el equipo de mantenimiento, pues cuando no se avería uno, se estropea otro, y los repuestos se van agotando.

—Pida una nueva serie de robots para trabajos. Creo que han salido nuevos modelos —recomendó Van Reims, un tanto irónico.

El alcaide Mills, un hombre alto y conspicuo, con el rostro lleno de arrugas, posiblemente muchas de ellas debidas a la responsabilidad del cargo que ostentaba, le precedió hasta un pequeño transporte.

El robot Vulcanium les siguió y subió al vehículo tras ellos. Su misión era obedecer en todo a Van Reims.

La colonia central estaba instalada en la cara de Ceres iluminada por el Sol.

La respiración y la presión atmosférica no tenían problema, pero sí debían de utilizar calzado compensador aunque sólo fuera en parte, pues la gravedad de Ceres era muy inferior a la de la Tierra.

Ello facilitaba el trabajo en las minas, pues el peso de los minerales era mínimo, pero los hombres tenían que lastrar sus cuerpos para poder moverse con normalidad y no atrofiar sus músculos por falta de uso, puesto que los músculos humanos estaban en proporción a la fuerza que tenían que desarrollar en el planeta Tierra.

Aquella edificación subsolar estaba altamente protegida con las máximas medidas de seguridad. Allí no podía entrar ninguno de los penados, salvo que estuviera escoltado por los vigilantes. Allí se

ubicaba la dirección, el pequeño hospital, los centros de energía y el arsenal.

En un anexo del centro (que por su parte superior semejaba una gigantesca burbuja de cristal superduro) estaban los hábitats de los celadores y el parque de vehículos armados.

Los penados dormían en otras edificaciones alejadas de la central y que permanecían bajo un estricto control, pues los sistemas de televisión lo controlaban casi todo.

Ceres no daba sensación de ser un penal. Se parecía mucho a cualquier otra colonia extraterrestre.

Las paredes eran de cemento armado para impedir posibles desmoronamientos, ya que se hallaban en el subsuelo.

Todo tenía compuertas estanco, y en caso de alarma, unas estancias quedarían aisladas de las otras. Todo transpiraba seguridad y solidez, pero Wal van Reims sabía que todo podía quedar reducido a polvo cósmico, pues las bombas nucleares colocadas en su núcleo eran como una gigantesca espada de Damocles que podría acabar con todo.

El despacho del alcaide era amplio, acogedor. No se sentía uno oprimido en él, pese a hallarse por debajo de los trescientos pies bajo el nivel del suelo.

Todo funcionaba a la perfección y una gran pantalla, instalada en una de las paredes, pasaba imágenes a color y tridimensionales del planeta Tierra, de sus lugares más bellos, tanto naturales como obtenidos por la mano del hombre.

Era una pantalla muy grande que se miraba por placer o podía dejar de contemplarse sin preocupación, aunque en muchas ocasiones, los ojos del severo y conspicuo alcaide Mills se clavaban en ella con evidente nostalgia.

Efectivamente, allí aguardaban los personajes más importantes de Ceres, tal como le advirtiera el alcaide Mills, pero como era lógico suponer, quien más llamó la atención de Van Reims fue Slawia.

Había pensado que sería una mujer mayor y hombruna y se había equivocado totalmente, pues con anterioridad no se había preocupado de buscar su imagen en la computadora de datos que tenía instalada en su nave.

Slawia era una rubia impresionante, de cabellos largos y suaves. Vestía una ajustada casaca escarlata salpicada de reflejos dorados que semejaban diminutas estrellas sobre un cielo enrojecido.

Un amplio cinturón ajustaba su talle, realzando las caderas bien redondeadas. Del cinturón colgaba una pistola ultrasónica de reglamento.

Wal van Reims tuvo que hacer un esfuerzo para apartar sus ojos de Slawia. Ella, que se percató de la intensa y elocuente mirada del hombre, ni siquiera le sonrió.

Estaba muy segura de sí misma y posiblemente acostumbrada a las miradas masculinas, teniendo en cuenta que Ceres era una colonia de penados. Si necesitaba viajar lejos de las dependencias centrales, acercándose a las zonas mineras, lo hacía acompañada de un par de celadores armados, pues no era raro que algunos reclusos escaparan de sus puestos, en muchas ocasiones empujados por locuras temporales.

Pocos eran los privilegiados que tenían familia en Ceres, familia a la que podían visitar una jornada de cada cinco de trabajo. Por otra parte, el número de *nurses*, comparado con el de penados, era mínimo y eran ellas quienes escogían a sus "protegidos".

—Caballeros, señorito Slawia, entre nosotros tenemos al célebre comandante Wal van Reims, que ha venido a visitarnos como comisario interventor con los máximos poderes, pues debe realizar un informe para el gobierno de la Federación Terrícola.

Todos quedaron absortos mirando al robot Vulcanium, que entró en el despacho, pues se había detenido brevemente en el corredor, escrutándolo todo a su alrededor, sorbiendo datos para su propia computadora. De este modo, más tarde podría escoger caminos y corredores por su directa composición de lugar.

Chipper apenas producía un ligero zumbido al avanzar. Su mirilla, en aquella cabeza con aspecto de yelmo, infundía mucho respeto, pues todos se sentían computados.

El robot Vulcanium destruiría a todo aquel que pudiera significar un peligro para su amo, que era Van Reims.

—No teman, no les hará nada —dijo Van Reims. Mirando al robot, le ordenó—: Quédate quieto y desconéctate.

—Orden recibida.

Una pantalla del mismo material del que estaba compuesta la coraza que protegía al robot le cubrió la mirilla óptica y todos tuvieron la sensación de que el monstruo mecánico se había quedado como dormido.

—Es una maravilla. ¿Qué poder total puede alcanzar?

El alcaide presentó al hombre que acababa de hablar y que vestía de paisano.

—Es el ingeniero Celaya.

—Según me han contado, su poder es muy grande, aunque no lo he puesto a prueba.

—¿Y su poder ofensivo? —insistió el ingeniero.

—Eso es un secreto, ingeniero, no puedo decírselo, pero créame que es de temer.

El jefe de vigilantes comentó, algo irónico:

—Es lógico que sea secreto. Nunca se puede comunicar al enemigo cuál es la fuerza de que se dispone, porque en ese caso podría tomar las medidas oportunas para combatir. ¿No es así, comisario Van Reims?

El mayor Androclus, jefe de los celadores en Ceres, era un hombre muy alto, de rostro huesudo y apariencia delgada. Vestía el uniforme negro y su mirada era muy dura; poca piedad se podía esperar de ella.

—Así es, como no creo que usted contara a los penados cuál es la cantidad de armas de que disponen, dónde se guardan ni cómo están compuestos los circuitos de vigilancia electrónica.

—Por supuesto que no, pero en Ceres todo es muy diferente. Ellos saben que dependen de los suministros que nos llegan de la Tierra en cada convoy que luego se marcha de aquí cargado con el mineral de carbouranita. Aunque se apoderaran de Ceres, no podrían escapar, y saben que la Federación Terrestre no cedería ante ninguna presión, aunque se tomaran rehenes. Eso lo sabemos todos por si somos secuestrados. El sistema que seguimos es el de no ceder ante ninguna intimidación o amenaza, aunque ésta sea de muerte, y eso también le incluye a usted, comisario Van Reims.

—Y esa situación se plantea en algunas ocasiones —explicó el doctor Baulle, interviniendo por primera vez—. Algunos de los presos no resisten bien este alejamiento! de la Tierra por varios años y enloquecen. En esos estados de demencia se cometen auténticas atrocidades que nadie puede remediar, es decir, nadie excepto el mayor Androclus, que toma al asalto cualquier posición o reducto, caiga quien caiga.

—Exactamente, el doctor Baulle dice la verdad: caiga quien caiga, no hay vacilación alguna. Por eso, los que son secuestrados tienen pocas esperanzas de salvar su vida y, en consecuencia, deben actuar por su propia cuenta para escapar a sus secuestradores.

Con mucho de sarcasmo y de desaliento, el doctor Baulle dijo:

—Hemos tenido casos de canibalismo, comisario Van Reims, verdadero canibalismo en algunos presos que, manteniendo su posición, han terminado por sacrificar y comer de sus secuestrados, acuciados por una falta total y absoluta de alimentos.

—Sería preferible no hablar de esos casos tan desagradables —medió Slawia, entreabriendo su boca de labios rojos y tersos, una boca en la plenitud de su vida.

El alcaide Mills, sentado tras la mesa despacho, intervino.

—El comisario Van Reims ha llegado para averiguarlo todo, para eso ha sido nombrado interventor. Creo que debemos ayudarle en su tarea.

—De acuerdo, le ayudaremos, pero a todos nos gustaría saber si alguno de nosotros va a ser relevado de su cargo en plazo breve, ¿o acaso trae la misión de poner al descubierto a los supuestamente ineptos?

—Como usted ha dicho antes, mayor Androclus, no se deben descubrir las fuerzas de que disponemos ante el posible o supuesto enemigo.

—¿De modo que nos considera sus enemigos? —preguntó, desafiante, el mayor Androclus.

—Yo no he dicho tal cosa; sólo que es mejor que colabore como todos en cuanto se le requiera.

—El mayor Androclus, como todos en Ceres, colaborará —sentenció más que dijo el alcaide Mills.

—Será una satisfacción que así suceda. Se me ha encomendado una dura misión que debo cumplir cuanto antes. No responderé a preguntas que estén más allá de lo estrictamente personal. Yo seré quien haga las preguntas; para ello he venido desde la Tierra. Espero que todos colaboren por el bien común. No es preciso que les diga que Ceres está en peligro; supongo que todos lo han intuido.

Sólo Androclus y el alcaide no denotaron sorpresa. Slawia, el doctor Baulle y el ingeniero Celaya observaron inquisitivos al alcaide, quien creyó obligado explicar:

—Tuve que dar parte al gobierno de la federación de algunos hechos desagradables y extraños que han venido ocurriendo en Ceres. El comisario Van Reims, aquí presente, debe investigarlos a fondo.

—Yo he investigado cuanto he podido —replicó, molesto, el mayor Androclus—, pero, por lo visto, no me han sido facilitados todos los datos. Al parecer, el comisario Van Reims ha tenido más suerte. Le deseo que la siga teniendo.

—Por favor, mayor Androclus, no es momento para sutilezas punzantes —objetó el alcaide. Tras respirar hondamente, agregó—: Es obvio que de lo que se ha hablado aquí no debe salir una sola palabra al resto de la comunidad de Ceres. En las condiciones en que vivimos, el pánico histérico sería muy fácil que erupcionara con violencia en, sujetos determinados, y el doctor Baulle, mucho mejor que yo, podrá decirles que es muy contagioso.

El doctor Baulle, un hombre con las sienes plateadas, asintió con la cabeza al tiempo que lo hacía con palabras.

—Así es. Por ello se toman medidas! de aislamiento entre los penados cada vez que se produce una alarma, sea cual fuere su naturaleza. Si la locura hace presa en algún grupo de ellos, se evita que pase a otros. Es uno de los mayores peligros que acechan, pues cuando en esa locura que les domina no matan, se suicidan, y nadie quiere la muerte de nadie. Los penados están aquí para reducir condena mediante el trabajo, un trabajo en condiciones muy duras, evidentemente.

—Sí, esto no es un penal de exterminio —puntualizó el alcaide Mills—. Hay medidas de seguridad, pero a los penados se les ofrecen las máximas comodidades permisibles. Libertad de movimiento dentro de lo que cabe y se procura que su vida aquí, aparte del trabajo que, como es lógico, deben cumplir, sea llevadero. Algunos llevan años aquí; unos lo soportan bien y otros no tanto.

—¿Existe caciquismo entre los penados? —inquirió Van Reims.

El mayor Androclus, experto en penitenciarías, no en vano llevaba una larga trayectoria como oficial de prisiones, preguntó, irónico:

—¿Conoce usted algún penal donde no haya caciques que se impongan a los demás?

—Es cierto, los hay en todas partes y me agradecería que usted me facilitara las fichas de esos caciquillos. Ah, y también las fichas de los marcianos aquí reclusos.

—Sólo tenemos media docena —explicó el alcaide—, y están ocupados en trabajos que no pueden comprometer en absoluto la buena marcha de la colonia. Son, como ya sabrá, algunos espías de la Federación Marciana, descubiertos, juzgados y sentenciados, y dos cosmonautas. Cuando cumplan la totalidad de la pena serán deportados a la Federación Marciana para que no regresen jamás. Ellos también tienen a hombres de la Federación Terrestre.

—Lo mejor sería canjearlos, pero sé que no se ha llegado a ningún acuerdo al respecto pese a los intentos de nuestra federación —dijo Van Reims.

—Le será entregado todo lo que exija, comisario Van Reims. Créame que a nadie le gustan las muertes habidas. Todos aquí lamentamos lo ocurrido, y lo extraño es que han muerto personas pertenecientes a los tres grupos; a saber: penados, celadores y civiles.

—Espero que tenga usted mejor suerte que yo, comisario Van Reims —deseó el mayor Androclus, ligeramente burlón—. A mí no se me ha permitido investigar entre el personal civil. No sólo los penados se vuelven psicópatas por estar confinados en Ceres. Entre los propios vigilantes se han dado casos de locura. ¿No es cierto, doctor Baulle?

—Así es. Estoy realizando una investigación a fondo para hallar una explicación científica a las visiones extrañas que se producen en Ceres, tanto en individuos aislados como en grupos de dos hasta seis, visiones que en muchos casos preceden a estados psicopáticos graves. Creo que algo de culpa la tienen las abundantes radiaciones que aquí se producen con la extracción de la carbouranita. Usted, comisario Van Reims, sabrá que aquí, de cuando en cuando y de forma imprevisible, se producen erupciones radiactivas que podríamos comparar a los volcanes terrestres, sólo que aquí, en vez de piedras, humos, azufre y lava, esas erupciones despiden abundante radiación perniciosa que, indudablemente, afecta a quien las sufre.

—Tenemos medidas para combatir tales erupciones de radiación, como son trajes adecuados y vehículos blindados, pero en ocasiones son tan sorprendidas que producen bajas, lo mismo entre el personal penado que en el civil o los celadores.

—Sí, ya tenía noticia de esas erupciones de radiaciones nocivas. La carbounanita es ya de por sí un mineral altamente radiactivo y nuestros motores atómicos la consumen con apenas una mínima purificación y un bombardeo láser de reactivación para obtener el máximo rendimiento. La verdad es que es lógico que aquí todo el personal sea voluntario, desde los penados que vienen con el exclusivo interés de reducir sus condenas y encontrarse con una bolsa económica de trabajo al término de su condena, a los celadores, que perciben paga doble.

—¿A usted también le han ofrecido paga doble por venir aquí a hacer de comisario interventor o alguien lo ha enviado a Ceres para tenerlo muy lejos de su esposa?

—Por favor, mayor Androclus —cortó el mismísimo alcaide—, creo que sus palabras exigen una disculpa.

—No es necesario —dijo Van Reims—. Ya hemos aclarado que las radiaciones afectan mucho y predisponen a los hombres a la locura.

El mayor Androclus apretó los labios con rabia. Aquella réplica no le había gustado; nadie se habla atrevido nunca a dirigirle un insulto de aquel calibre.

CAPITULO IV

Wal van Reims había preferido utilizar como despacho el interior de su nave, en la que tenía la computadora con los datos de Ceres, computadora que ahora procedía a alimentar con los últimos datos que le estaban proporcionando.

—Comisario Van Reims, comisario Van Reims —llamó la voz del robot Vulcanium a través del telecomunicador.

Chipper permanecía vigilante en el exterior de la nave. Wal cambió la clavija del telecomunicador que le unía a su robot y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Dos hombres en vehículos de seguridad piden hablar con usted.

—¿Quiénes son?

—Se identifican como cuerpos de vigilantes, números. ..

—Graba en tu memoria esa numeración y la imagen de sus rostros por si hiciera falta en otra ocasión. Ahora salgo.

—Correcto, corto.

Wal se colocó el casco y el cinturón que ajustaba su casaca y del que pendía la potente pistola de ultrasonidos.

Abandonó la nave bajando por la rampa y vio a Chipper que mantenía a raya a un vehículo de celadores dentro del cual había dos hombres.

—¿Qué ocurre?

—Comisario Van Reims, veníamos en su busca, pero éste —el suboficial señaló entre despectivo y temeroso al robot Vulcanium— no nos deja pasar. Nos ha advertido que nos desintegrará si no obedecemos sus órdenes.

—Y así lo haría, no les quepa ninguna duda, si no le obedecen.

—Diablos, habremos de ir con cuidado con ese robot que se ha traído usted.

El cabo que acompañaba al sargento que acababa de hablar preguntó:

—¿Es cierto que nuestras armas nada podrían hacerle?

—En efecto. Lo mismo las ultrasónicas que las láser y otras armas convencionales, rebotan contra su caparazón.

Golpeó a Chipper con el puño, sonando a sólido. El robot ni siquiera vaciló; tenía un equilibrio perfecto que se compensaba a cada instante aunque estuviera en movimiento.

Chipper, con la mirilla de su sistema óptico levantada, vigilaba atentamente, aunque tenía otros sistemas sensores para la detección de cualquier persona u objeto que se le acercara, lo mismo por delante que por la espalda, a plena luz o en la oscuridad.

—No se les ocurra jamás comprobarlo —advirtió Van Reims—, porque sufrirían una desagradable sorpresa. Está programado para autodefenderse siempre que sea atacado en la forma que sea y su reacción sería drástica.

—Lo tendremos en cuenta, comisario Van Reims —dijo el cabo, escrutando al robot, que parecía temible e invulnerable a la vez.

—A todos nos gustaría tener un guardaespaldas de ese calibre —opinó el sargento de celadores, un sujeto alto y fornido.

—Bien, díganme qué quieren de mí. ¿No podían comunicármelo por radioláser?

—Me han dado orden de que venga a buscarle personalmente. Al parecer, ha ocurrido algo desagradable.

—¿Desagradable? Está bien, iré con ustedes. —Se volvió hacia el robot Vulcanium—: Chipper, quédate aquí vigilando la nave. Que nadie entre, ¿comprendido?

—Orden recibida —respondió la bocina parlante del robot.

Wal subió al vehículo de los celadores y éste, conducido por el sargento, se puso en marcha.

—Oiga, comisario Van Reims, si yo le digo a su robot como usted ha hecho: "Chipper, sígueme", ¿me obedecería?

Wal sonrió.

—Por supuesto que no lo haría. A mí me tiene identificado plenamente; otro no podría ocupar mi lugar.

Los celadores se introdujeron por el túnel que conducía a las edificaciones subsolares, a salvo de radiaciones, meteoros y otros posibles peligros.

Penetraron en el pabellón donde se ubicaban los habitáis de las *nurses*.

Frente a uno de ellos aguardaba otro vehículo.

Dos hombres armados vigilaban la puerta; sin embargo, debía de haberse propagado la orden, por parte del mayor Androclus o del mismísimo alcaide Mills, para que todos los civiles permanecieran en sus respectivos hábitats.

Los vigilantes de la puerta le saludaron marcialmente. Van Reims pasó al interior del hábitat y al quedar en el salón de estar recibió una desagradable impresión.

Todo estaba roto, destrozado, y las paredes, claras de color, estaban salpicadas en sangre.

Vio allí al alcaide, al mayor Androclus y a Slawia. Todos se mostraban graves y preocupados.

—¿Qué ha ocurrido?

En aquel momento, el doctor Baulle salía del dormitorio. Se secaba las manos en una toalla de papel. Levantó la mirada para observarles a todos y al fin la depositó sobre Van Reims.

—Comisario, hemos tenido otro caso desagradable dijo.

—Veo que todo está destrozado y que hay sangre. ¿Un crimen?

La propia Slawia aclaró:

—Una *nurse* muerta en forma bestial.

—Haré la autopsia de reglamento, aunque es evidente que ha muerto golpeada salvajemente. Tiene unas huellas en la garganta, han tratado de estrangularla.

—¿Podrá identificar esas huellas?

—Haré cuanto esté en mi mano, pero es posible que el asesino usara guantes —objetó el médico.

Van Reims, algo pensativo, comentó:

—Si han tratado de estrangularla, ¿por qué todo lo demás? Me refiero a lo roto.

—Otilia, la *nurse* —explicó Slawia—, era una mujer muy fuerte, profesora de antiguas artes marciales orientales. Posiblemente, el asesino intentó estrangularla y ella se defendió, pero él terminó con ella de la forma que pudo. ¿Puede ser esto lo sucedido, doctor Baulle?

—Sí, es muy probable —aceptó el galeno.

Van Reims preguntó:

—¿Qué enemigos podía tener esta mujer?

Fue el mayor Androclus quien explicó:

—Estas mujeres son muy buenas y generosas con sus elegidos, pero, por supuesto, no gozan de la simpatía de los rechazados. Ellas están aquí por propia voluntad y no se les impone nada. Ellas escogen y eso es todo. Por supuesto, si intervienen en peleas o las provocan, son invitadas a marchar en el primer convoy. A ellas les gusta estar aquí; la mayoría tienen un sentido maternal frustrado. El doctor podrá explicar eso mejor que yo.

El doctor Baulle asintió.

—Ellas favorecen a algunos reclusos con su presencia, su compañía, pero en el fondo también se benefician a sí mismas psicológicamente; de lo contrario, muchas de ellas se abaten y pierden interés por la vida, que les parece monótona y aburrida. Sin darse cuenta, aquí reciben una psicoterapia que les da a entender que sirven para algo, que alguien las necesita.

—Mayor, espero que registre bien estas estancias y si descubre algo me lo comunique.

—Oh, sí, cómo no, comisario Van Reims. Yo haré el trabajo y usted recibirá la condecoración —replicó, mordiente, el mayor Androclus, que obviamente no simpatizaba con Van Reims.

El alcaide, en tono más confidencial, con la voz baja y algo ronca, habló a Van Reims.

—Ya lo ve, comisario: estos crímenes absurdos me preocupan.

—Al gobierno de la federación también le preocupan, máxime porque

algunos de los crímenes se han cometido en lugares delicados y secretos de esta colonia.

—¿Usted qué opina: son obra de locos o todo esto obedece a un plan preconcebido?

—Lo ignoro, alcaide; tengo que investigar, no puedo dar opiniones todavía. —Se volvió hacia la bella jefe de la colonia civil, interpelándola—: Señorita Slawia.

—Puede ahorrarse lo de señorita; presiento que vamos a tener que hablar bastante.

—Creo que está en lo cierto. Me gustaría conocer los nombres de los beneficiados con la presencia de la *nurse* asesinada.

—Se los proporcionaré si viene a mi despacho, o, si lo prefiere, espéreme aquí y yo traeré los expedientes.

—No, iré con usted. Creo que aquí el doctor y el mayor Androclus serán suficientes.

—¿No quiere ver el cadáver de cerca? —inquirió, irónico, el mayor Androclus.

El doctor Baulle explicó pesaroso:

—Está destrozada a golpes, su rostro apenas es reconocible, es casi una pulpa. Quienquiera que haya sido el homicida, debería hallarse en un estado de psicopatía muy fuerte. Es una forma irracional de matar, más propia de una alimaña que de una persona.

—Entonces, no es necesario que la vea.

—¿Qué le pasa, comisario: le asusta la sangre, acaso le produce mareos?

—No es eso, mayor Androclus. Simplemente, que no soy un sádico que goce mirando lo que hay dentro de esa habitación.

Van Reims dio por terminada su estancia allí y, acercándose a la puerta, aguardó a que Slawia le precediera. Así lo hizo la joven, sin que hiciera falta intercambiar palabras.

Slawia era una mujer alta; sin embargo, Van Reims destacaba bastantes pulgadas por encima de ella.

A la mujer le gustaba la presencia de Van Reims; lo observaba de reojo mientras caminaban. Le agradaba su mentón decidido y su zancada larga y firme, que a ella, por ser muy elástica y ágil, no le costaba seguir.

El despacho de Slawia, si no muy amplio, sí era cómodo y confortable.

Se notaba la mano femenina, pese a los tableros electrónicos que se utilizaban como archivos y que estaban enlazados con las computadoras generales, además de una pequeña computadora autónoma para el servicio de aquel despacho que controlaba al personal civil.

Era diferente al del mayor Androclus, cuyos archivos estaban más protegidos, pues se referían al personal penado y al cuerpo de vigilantes.

—Puede tomar asiento, comisario Van Reims.

—Wal es más fácil —respondió, acordándose de qué ella había pedido que olvidara los tratamientos.

Slawia sonrió.

La estancia tenía una distribución de luces que nacía cómodas las butacas, proporcionándoles intimidad. Dichas butacas estaban constituidas por bloques que, unidos, formaban un arco. Cogida a ese arco había una mesita que se regulaba a voluntad, electrónicamente. Van Reims quedó sentado frente a ella.

Slawia se situó frente a un teclado y una pantalla, moviendo los dedos ágil y segura. La pantalla se iluminó y apareció un escrito. Junto a él, tres fotografías de un hombre, de frente, de perfil y de cuerpo entero.

—Este es uno de los protegidos de la *nurse* asesinada.

—¿Puede entregarme la ficha?

—En seguida —asintió Slawia.

Pulsó un botón morado y por una ranura que había bajo la pantalla apareció una hoja de plástico semiduro en la que, impreso a todo color, figuraba todo lo que la imagen de la pantalla había dado.

Slawia le entregó la ficha proporcionada por la computadora y Van Reims comenzó a leerla detenidamente. Allí estaban todos los datos

del penado, incluso sus características anatómicas.

Slawia sacó dos fichas más a través de la pantalla de la computadora y las pasó al hombre. Después se sentó junto a él, interesada en participar en las investigaciones, no sin antes haber colocado sobre la mesita dos tazas de té.

—¿Cree que puede haber sido alguno de ellos?

Sin dejar de observar las fotografías, Van Reims replicó:

—El que haya sido; tendrá manchas de sangre en su ropa.

—Es cierto. Las manos y la cara puede lavárselas con facilidad, pero la ropa es más difícil. Tiene que entregarla al servicio de lavandería.

—Supongo que tendrán varios uniformes.

—Sí, creo que tres, aunque esto escapa de mi control por tratarse de un servicio para penados.

—Podría ser que algún rechazado hubiese enloquecido. El doctor Baulle ha hablado de lo fácil que es enloquecer en Ceres.

—Estimo que enloquecen los que ya están predispuestos a la neurosis, y dentro de una población penal no es raro encontrar a esa clase de sujetos.

—Slawia, ¿cómo se le ocurrió venir aquí voluntaria?

La mujer, que no esperaba una pregunta tan directa ni personal, pues estaban hablando de los posibles sospechosos del crimen de la *nurse*, se quedó mirando al hombre, que a su vez tenía los ojos clavados en ella. Ambos estaban sentados en las anatómicas butacas y muy cerca el uno del otro.

—Pues —vaciló— ingresé en el cuerpo de relaciones públicas oficial y aquí estoy.

—¿Espera ganar puntos para obtener luego un puesto mejor en la Tierra?

—Si no me vuelvo loca como otros, creo que sí —respondió, sonriendo burlona.

—Confiemos en que eso no suceda; es usted muy inteligente.

—¿Ese halago es por no hacer alusión a mi aspecto físico?

—No, claro que no. Eres muy bella, muy atractiva. ¿Tienes "protegidos"? —inquirió, tuteándola con naturalidad, como si fueran viejos amigos.

Slawia no se sonrojó y tampoco se puso pálida. Estaba acostumbrada a vivir en un ambiente de hombres encerrados y precisamente unos hombres que no se habían distinguido en la sociedad por ser buenos, honestos y educados.

—Ya me habían advertido que eras un Casanova, y veo que estaban en lo cierto, porque presumo que tratas de conquistarme. ¿O acaso no es así?

—No es nada personal, Slawia; es mi forma de tratar a las mujeres. Quizá empleo palabras o frases que otros hombres no utilizan con tanta facilidad. No tengo la culpa de que me hayan colocado el sambenito de ser un Casanova. Generalmente, tengo poco tiempo libre y es lógico que lo aproveche en buena compañía.

—Pero ¿ninguna mujer fija?

—Ninguna. —Hizo una pausa y agregó—: Por ahora.

—Entonces, estamos igual. Yo también, por ahora. ¿Qué te parece si hacemos un pacto?

—¿Qué clase de pacto?

—Verás. Hay que poner las cosas claras. Tú, además de por tus grandes éxitos en combate cósmico, eres conocido por el éxito que tienes con las mujeres. Yo, aquí en Ceres, soy una mujer atractiva como tú has dicho. No voy a ser tan tonta de negarlo por una falsa modestia. Pero también algo antipática, porque, efectivamente, no hago caso a nadie.

—Supongo que deben comentar que eres una mujer de hielo.

—Algo así. De modo que colaboraré en el trabajo de investigación que deberás llevar adelante, pero dejaremos otras cosas al margen para no dar que hablar. ¿De acuerdo?

—Es un pacto muy frío; a lo mejor yo también necesito protección femenina en este asteroide para no volverme loco.

—Para eso tenemos a un doctor —objetó ella.

—Aceptaré el pacto con una condición.

—¿Cuál?

—Pues que debo besarte primero para saber lo que voy a perder mientras dure ese pacto.

—Eso no estaría bien. Luego podría costarte mucho más resistir —siguió objetando Slawia.

—Si resisto, al final podrás tener mejor opinión respecto a mí. Ser Casanova es ser débil ante el atractivo femenino; si aguanto es que no soy débil.

—Eso es un arma de doble filo.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor resistes porque eres fuerte, pero también podrías resistir muy bien porque yo no te haya gustado en el beso.

—Seré sincero. Si me gusta, te lo digo; si no, también.

—Confío en que eres un hombre sincero —repuso Slawia, apoyando mejor la espalda y la cabeza en el alto respaldo del sofá.

Wal van Reims se inclinó sobre ella, dejando las fichas de los penados sobre la mesita.

La rodeó por la cintura con su brazo izquierdo, le sujetó parte del rostro y de la nuca con la diestra y acercó despacio su boca a los labios femeninos. Sorbió su aliento y la besó como muchas mujeres sabían que podía hacerlo.

La caricia terminó y Slawia seguía con los ojos cerrados. Van Reims, algo jadeante, necesitando llenar sus pulmones de aire, le dijo:

—Palabra que me va a costar mucho resistir para no repetir esto.

Intentó volver a inclinarse sobre ella, pero la joven levantó la mano, interponiéndola entre los dos rostros.

—Demuéstrame que sabes aguantar. Ya has tomado tu condición —dijo, pensando que si el hombre insistía en aquellos momentos, a quien le costaría resistir iba a ser a ella.

CAPITULO V

En presencia de dos vigilantes, fue abierto el armario metálico de uno de los penados.

Slawia y Van Reims escrutaron rápidamente su interior y fue Van Reims quien alargó la mano para apartar unas pesadas botas lastradas, descubriendo una bolsa plástica.

La abrió y volcó en el suelo lo que contenía, que resultó un cerrado jersey de penado.

—Tiene manchas —observó Slawia.

Van Reims tomó la prenda y la miró de cerca.

—Son manchas de sangre.

El robot Vulcanium permanecía un par o tres de pasos tras ellos, vigilante, en espera de órdenes.

La nave de Van Reims había sido cerrada para que nadie pudiera entrar en ella, pues una nave como aquélla era muy utilizable para algún proyecto de evasión. En realidad, una nave interplanetaria era la única forma de escapar de Ceres. En el hangar del astródromo, además, había vigilancia de hombres armados y servicios de detección automática.

—Ya tenemos al asesino —suspiró Slawia.

Patterson, el sargento de celadores, comentó:

—Esta vez ha sido fácil encontrarlo.

Van Reims no decía nada, observaba. Tomó una percha y colgó el jersey manchado de sangre en la misma. Descolgó otra prenda y mostró ambas al robot, preguntándole:

—¿Qué diferencia de talla hay entre los dos?

—Una pulgada y cuarto de amplitud y dos pulgadas de largo.

—Muy bien, Chipper.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Slawia.

—Pues que ya sé quién puede ser el asesino.

—El propietario del jersey manchado, ¿no?

—Sí, pero no ha de ser forzosamente el usuario de este armario, al que han pretendido inculpar dejándole la ropa manchada. —Mostró una de las fichas al sargento y pidió—: Quiero encontrar a este hombre.

El sargento de vigilantes sacó de su bolsillo un minitelecomunicador. Habló por él cifradamente y recibió la respuesta, también en clave, pero que para él resultaba muy traducible.

—Sígame. Está en el pozo de extracción catorce.

—El robot vendrá con nosotros.

—Tomaremos un vehículo de ocho plazas; creo que no tendrá problemas en transportarle a él también —dijo el sargento.

—¿Estás seguro de que es Willow, el de la ficha? —preguntó Slawia.

—Antes me gustaría abrir su armario privado. ¿Qué le parece, sargento?

Patterson se encogió de hombros ligeramente.

—Usted es el que manda e investiga, comisario. Me han dado orden de obedecerle en todo.

En el mismo dormitorio estaba el armario de Willow, y el sargento se ocupó de abrirlo. Dentro había ropa, botas y algunas cosas compradas en el *shopping center* para penados.

También apareció una revista, que Van Reims tomó entre sus manos al tiempo que pedía a la joven:

—Comprueba las tallas de los jerséis, por favor.

—En seguida.

Dentro de la revista apareció una fotografía que Van Reims escrutó con fijeza.

—Es Lesteresa.

—¿Lesteresa no es ese condenado marciano cosmonauta? —preguntó el sargento Patterson.

—El caso es que esta hoja no pertenece a la revista.

¿Por qué guardará este tipo la foto del cosmonauta marciano? —se preguntó Van Reims en voz alta.

Slawia miró también aquella cara que parecía observarles, pues la fotografía tenía un gran realismo.

Sus ojos eran enormes, casi el doble que los de los terrestres, ojos mutados durante generaciones de vida marciana de los pioneros terrícolas llegados allá, al igual que las orejas altas y puntiagudas y el fuerte color rojizo de la piel.

—Sería absurdo que lo tuviera como ídolo, siendo como es un destacado miembro de las fuerzas de cosmonautas de la Federación Marciana, que son nuestros enemigos —observó Slawia.

Van Reims, preocupado por la aparición de aquel retrato, buscó más entre las pertenencias del penado Willow.

En una caja encontró útiles propios de un actor de teatro.

—Pueden utilizar cosas de esas los que pertenecen al grupo artístico; ya sabe, interpretan obras teatrales. Con ese plástico moldeable se transfiguran el rostro y luego, con pinturas y maquillajes, hacen el resto —explicó el sargento.

—Ya, y estos ojos falsos y vacíos, puestos sobre los verdaderos, darían la impresión de un marciano imitado —comentó Van Reims, colocándoselos frente a sus propios ojos.

Slawia se sorprendió, opinando:

—Parecen realmente los ojos de un marciano mutado; son como los de Lesteresa.

—Creo que ese Willow, además del crimen de la *nurse*, tendrá que explicar muchas más cosas. Vamos, sargento.

Wal van Reims tomó la caja con el plástico moldeable y adhesivo y también la revista; lo metió todo en una bolsa y la entregó al celador.

El vehículo que precisaban fue hallado rápidamente por el sargento. Montados en él, salieron de las entrañas subsolares de Ceres para deslizarse por la superficie mediante el impulso del motor atómico.

Pasaron junto a desfiladeros y cráteres. El paisaje, a la par que

abrupto y hostil, era hermoso.

Avanzaban por la cara iluminada por el sol, mas al verse obligados a rodear un gran cráter que poseía una insondable profundidad, pues la mirada se perdía en su siniestro y oscuro fondo, se internaron en la cara no iluminada, es decir, en la noche de Ceres.

Regresaron al día al cabo de unos minutos tras rodear el cráter y prosiguieron su camino por la cara iluminada. Otros vehículos podían sobrevolar el cráter, pero los normales se deslizaban a una altura media de tres a cinco pies del suelo, sin tocarlo.

Por ello, en Ceres no había caminos propiamente dichos, sino rutas marcadas con señales que los automatismos de los vehículos captaban sin dificultad, pues los indicadores eran electrónicos y emitían señales continuamente.

El vehículo era cerrado y blindado contra las posibles erupciones de radiación, mas no tuvieron ningún problema con ellas. Tampoco eran muy continuadas e incluso se habían levantado algunos mapas de las zonas más peligrosas, pues en éstas solían haber más erupciones de radiación.

Se detuvieron en lo alto del cráter que había formado la excavación minera. Allí se efectuaba una extracción de mineral a cielo abierto.

—Sargento, vaya a buscar a Willow y tráigalo sin asustarle; dígale que se trata de una revisión médica, por ejemplo.

—De acuerdo, comisario Van Reims.

El sargento se alejó hacia el fondo del cráter artificial, acercándose a los lugares donde trabajaban las grandes máquinas de extracción y trituración. Allí, los hombres llevaban trajes blindados y cascos que les cubrían la cabeza por completo, incluyendo el rostro.

Cada uno de los penados lucía impreso en el traje y el casco la clave de identificación de su persona para poder ser controlados.

El sargento habló con los vigilantes del lugar que estaban armados y uno de éstos le condujo hasta Willow, al cual ordenaron que dejara de trabajar.

Luego, ascendieron a lo alto del cráter los tres hombres, el sargento, el celador del pozo catorce y el penado, que con la cabeza encerrada en su casco miraba en derredor un poco nervioso, pero obedecía y se

dejaba conducir.

A quien Willow miró con más atención fue al robot Vulcanium, observándole con mucho recelo pese a qué trató de disimularlo. El robot, con su altura, con su imponente aspecto que irradiaba poder, le producía nerviosismo.

—Aquí lo tiene, comisario, es Willow —dijo el sargento.

—Sí, ya veo. Tal como imaginaba, es poca cosa como hombre.

Todos le miraron. Willow, molesto, preguntó:

—¿Es una tara no ser muy grande? ¿Pretende que sea como ese robot que se han traído?

—Cuidado, Willow, respóndele bien; es comisario interventor especial —le advirtió el sargento con severidad.

—Quisiste asesinar a la *nurse* y le rodeaste el cuello con tus manos, pero ella supo defenderse y lo pasaste muy mal. Tuviste que emplear métodos bestiales para acabar con ella, puesto que estabas decidido a asesinarla.

Aquella acusación, hecha a boca de jarro por parte de Van Reims, desconcertó a Willow.

—¡Yo no he matado a nadie! —gritó de pronto, y pese al casco, se le pudo oír muy claramente.

—Primero pensamos que podías haber sido rechazado por la *nurse*, que ya no le interesabas como protegido, pero al descubrir la fotografía de Lesteresa en tu armario, he comprendido lo que hacías.

Willow se desconcertó aún más ante aquella segunda acusación y echó a correr bruscamente. Cualquiera se hubiera dado cuenta en seguida de que no tenía escapatoria. No sólo había allí varios hombres, sino que todos ellos estaban armados, armas que aparecieron de inmediato en sus manos, pero Van Reims ordenó:

—Que nadie le dispare.

Todos le miraron desconcertados mientras el fugitivo huía. Van Reims dio una segunda orden:

—Chipper, deténlo.

El robot Vulcanium hizo girar su cabeza y centró su sistema óptico en el fugitivo. Extendió su mano derecha, perfectamente articulada, y de las puntas de sus dedos brotaron unos rayos que dieron una sacudida a Willow, que rodó por el suelo.

Chipper echó a andar hasta detenerse junto al caído, que alzó la cabeza para mirarlo con terror. Extendiendo sus manos metálicas, lo cogió.

—¡No, no, que me suelte, no! ¡Suéltame, bestia metálica, suéltame, monstruo!

Comenzó a golpear al robot, quien, al parecer, no sufría lo más mínimo con aquellos golpes.

Alzó al prisionero en el aire, pero, de pronto, éste entró en unos espasmos convulsivos, quedando inerte entre las manos del robot.

El sargento preguntó:

—¿Lo ha matado?

—No. En esta operación de captura, el robot no puede matar. Ese Willow debe de estar enfermo en alguna forma, pero es un asesino. Lo que quiero saber es si es un psicópata homicida o algo más. Ustedes no digan una sola palabra de lo que han visto; nos lo llevaremos rápidamente a la enfermería. Veremos qué puede hacer "doc" Baulle por él.

Pusieron a Willow dentro del vehículo, siempre delante del robot Vulcanium para que éste pudiera controlarlo.

Esta vez se puso al volante el mismísimo Van Reims, sin que el sargento Patterson protestara. Dándole la máxima potencia al motor, retomó al cuerpo central de la colonia.

Slawia había quitado el casco a Willow, aplicándole una mascarilla de oxígeno que llevaba el vehículo para emergencias, pero Willow no volvía en sí y aquello inquietaba a Van Reims.

—Con este robot no tendrá problemas para capturar a nadie —observó el sargento Patterson—. Aunque nosotros ya lo teníamos, no hubiera escapado.

—Hacía falta que confesara —cortó Van Reims, que seguía atentamente las indicaciones del salpicadero del vehículo para no

perderse en aquel paisaje que desconocía de la superficie del asteroide.

CAPITULO VI

El ingeniero Celaya salió de la cafetería y se dispuso a dar el paseo que acostumbraba fuera del edificio subsolar, en la colonia central de Ceres.

Estaba preocupado.

Encendió un cigarrillo de tabaco estimulante, no contaminador; un cigarrillo que suavizaba la garganta con unos efectos totalmente opuestos a los que solían hacer los primitivos cigarros, ya evolucionados, pues la ciencia había conseguido desarraigar las enfermedades producidas por el tabaco. Pero el hombre había seguido experimentando la necesidad de tener un pitillo entre los dedos, de encenderlo y ver cómo el humo ascendía en volutas ante sus ojos.

Celaya ya tenía unos cuantos años. Había conseguido muchos éxitos en su carrera de ingeniero, era el jefe de ingeniería del más importante yacimiento que poseía la Federación Terrestre. La carbouranita era el mineral más importante que se extraía, un mineral vital y que la Federación Marciana codiciaba, todos lo sabían.

Le faltaban unos meses para finalizar su contrato en Ceres. No sabía si renovarlo o pedir un nuevo destino en la Tierra. Su mujer se lo había pedido encarecidamente.

Ella, al principio, había viajado a Ceres formando parte de la expedición civil, pero al paso del tiempo, la vida en la colonia se le había hecho insoportable y se sentía tan cautiva como los mismísimos penados, pues aunque gozaba de muchas libertades, no las tenía todas, ya que era peligroso deambular por ciertas zonas del asteroide.

A partir de aquel principio de aburrimiento, el carácter de la esposa del ingeniero jefe se había agriado, pues no le había gustado oír comentar a su marido que renovarían su contrato, por parecerle ventajoso económicamente a la par que prestigioso para su carrera, pues aspiraba a ser designado miembro técnico consultivo del gobierno federal.

El carácter hosco de la esposa del ingeniero había hecho que éste se distanciara de ella poco a poco. Al final del trabajo cotidiano demoraba llegar a su hábitat. Mataba el tiempo en el club de ingenieros, practicaba algunos deportes de salón. Jugó al póquer, pero vio que era un terreno resbaladizo y acabó conociendo a algunas *nurses*, en especial a una de ellas, conocida con el sobrenombre de

Gioconda por su sonrisa enigmática.

Era una mujer muy especial y muy culta. Algunos decían que estaba en Ceres, más que para ayudar a los penados con su presencia y amistad, para utilizarlos como conejillos de indias, pues escribía mucho sobre ellos: lo que hacían, cómo pensaban, pero se reservaba sus escritos sin mostrarlos a nadie.

Celaya salió caminando por la rampa de peatones y al final de la misma, medio oculta entre las sombras y una luz roja, descubrió a Gioconda.

—Hola. ¿Paseamos? —preguntó ella.

—Sí, ya sabes que me gusta.

Como la cúpula de la colonia se hallaba justo en la línea de liberación, aunque el astródromo, lo mismo que los sistemas de radioscopia y telecomunicación, se hallaban en la cara eternamente visible, en aquellos momentos había una oscuridad que se podía dejar atrás en brevísimo tiempo. Celaya comentó:

—La verdad es que mi esposa tiene razón: es muy diferente la noche de Ceres a la de la Tierra. Aquí, el movimiento de liberación deja una cara siempre iluminada y otra permanentemente a oscuras. Apenas queda esta franja en que sí cambia la noche y el día, pero no es como en la Tierra. El Sol no se ve salir por oriente ni ponerse por occidente; aquí el Sol siempre está en el mismo lado y sus rayos nos cogen muy de lado.

—Siempre con tus observaciones —repuso Gioconda, mostrando su sonrisa enigmática e indescifrable.

Se alejaron por la gran explanada hacia unos grupos rocosos. Si se subía al más alto de ellos se podía ver de nuevo al Sol. Desde las sombras de la llanura se divisaban las rocas más elevadas, iluminadas por un Sol que en Ceres jamás se ponía.

—¿Qué determinación vas a tomar con respecto a tu mujer?

El ingeniero tardó en responder. Siguió caminando hacia las rocas como en otras ocasiones. Al fin, respondió apartando el cigarro de sus labios.

—Ella es un problema, un problema grave, pero en la Tierra tenemos hijos y debemos pensar en ellos.

—Tus hijos son ya mayores.

—Sí, lo son.

—Di que no quieres separarte de ella para comenzar una vida nueva a mi lado.

—Gioconda —le dijo deteniéndose frente a ella, mirando sus ojos claros—. He estado mirándome al espejo y me he visto mayor. No soy ya ningún chiquillo, te llevo más de veinte años.

—¿Qué importa eso si nos queremos?

—Importa mucho. Es cierto que tú tampoco eres una niña, pero yo...

—Tú tienes algo más de cincuenta y ahora se vive bien hasta los cien años.

—Sí, pero no como hombre que puede satisfacer a una mujer, en ese aspecto seguimos como hace siglos. Lo que hemos alcanzado de más, no sé si es válido vivirlo.

—No digas eso, todo es válido vivirlo —replicó ella cogiéndolo por el brazo mientras subían por una especie de sendero acondicionado para ascender a la roca alta siempre iluminada por el Sol, pues el movimiento de liberación jamás conseguía sumirla en las tinieblas. Aquella roca constituía una atracción para todos.

—Creo que regresaremos a la Tierra, lo nuestro ha sido una locura.

—Yo sé lo que te sucede.

—Es fácil comprender lo que me sucede —repuso él.

—Si yo fuera otra mujer, no habría problema, pero soy una *nurse*.

El volvió a detenerse para mirarla a los ojos. Ella se había soltado de su brazo, evidentemente molesta.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto. Las *nurses* somos bien recibidas en Ceres, pero tenemos mala fama.

—Tonterías.

—No son tonterías. Como hay muchas que tienen una absoluta

libertad de prejuicios y se entregan a sus protegidos, a todas nos catalogan igual.

—Eso son estupideces. Las *nurses* de ahora sois lo que antes eran madrinas de penados, enfermos o huérfanos en los orfanatos.

—Pero aquí en Ceres, la mayoría son mucho más que eso debido a la libertad de que gozan los penados, pues como no hay posibilidad de escapar, ésta es una cárcel sin rejas. ¿Quién va a fugarse del asteroide sin naves cósmicas?

—Nadie, por ello sería absurdo poner rejas a los penados que además trabajan duro para la redención de sus condenas. Aquí corren muchos peligros y el mayor es el de volverse locos. Creo que las abundantes radiaciones que desprende este planeta influyen en nuestra mente. En ocasiones pienso si no me estaré volviendo loco yo también.

Para hablarle, para explicarse mejor, el ingeniero Celaya se había acercado a Gioconda cogiéndola por los brazos, pero ésta le rechazó.

—Sabía que esto terminaría así. Y yo que me creía superior a las otras porque no hacía caso a los penados y sí lo hacía a ti. Todos sois iguales y yo, igual a las demás, si, igual.

—¡Gioconda, espera, espera! —le pidió, pues la muchacha echó a correr.

De pronto, Gioconda se detuvo, pues los gritos del ingeniero Celaya se le antojaron distintos.

Se volvió y en la escasa luz que allí había pudo distinguir a un pequeño grupo de hombres que rodeaban al ingeniero.

—¿Qué pasa?

—¡Márchate, Gioconda, márchate, corre! —le gritó Celaya.

Gioconda pudo ver aquellas caras y se aterró.

—¡Marcianos!

Las caras de orejas puntiagudas, tez rojiza y grandes ojos que les permitían ver con menos luz que a los terrestres, eran inconfundibles.

La mujer descendió corriendo por el camino, mas no llegó lejos. Dos de aquellos marcianos surgidos de entre las rocas le dispararon sus armas ultrasónicas y Gioconda rodó sin vida ante los ojos aterrados

del hombre que la había amado pero que había decidido anteponer el deber a sus sentimientos.

—¡Gioconda...! —exclamó antes de que un líquido pulverizado le cubriera el rostro por entero, haciéndole perder el sentido.

CAPITULO VII

—¿Estás seguro de lo que dices? —inquirió Slawia.

Se hallaba junto a Wal van Reims, dentro de la nave de combate, mirando la pantalla que le proporcionaba los datos exigidos a la computadora que le hablan incluido en la nave, una computadora con todos los datos de Ceres y su personal.

—Sí, estoy seguro. No niego que se parecen, pero son diferentes.

Slawia escrutó las huellas dactilares que aparecían en pantalla. Una junto a la otra, semejaban iguales, pero no lo eran, tal como aseguraba Van Reims.

—Es cierto. ¿Y cómo has conseguido estas huellas?

—Se las he tomado a Willow sin que nadie se diera cuenta. Por supuesto, tú no dirás una sola palabra.

—No me refería a las huellas de Willow, sino a las otras.

—Tengo un banco de datos independiente del que existe en Ceres.

—¿Insinúas que las fichas que hay en Ceres pueden haber sido modificadas?

—Es una posibilidad.

—Pero ¿por quién y para qué?

—No lo sé y tengo que averiguarlo. Lo que me gustaría saber es hasta qué punto han sido alteradas las fichas de Ceres, aunque no puedo decir todavía que lo hayan sido alteradas. De momento, ya he comprobado una anomalía importante.

—¿Y qué piensas hacer ahora que sabes que Willow no tiene las huellas que deberían corresponderle?

—Es posible que en Ceres se produzcan mutaciones como en Marte, pero no hasta ese punto ni con tanta rapidez. Las mutaciones que conocemos, a menos que se hayan producido por un error genérico en el momento de la concepción del ser, son mutaciones lentas, a base de generaciones. Si Willow fue procesado por unos delitos y en su ficha constaban unas huellas, forzosamente ha de tenerlas iguales ahora.

—Sí, claro, pero no las tiene.

—Entonces, es que el hombre que está en la enfermería no es Willow.

—Y si no es él, ¿quién puede ser?

—Es algo que también tenemos que averiguar.

—¿Quién puede haber usurpado el puesto de Willow y de dónde ha salido?

—No lo sé. Es muy probable que la *nurse* asesinada lo descubriera y por ello la mató.

—Ese hombre es muy nervioso y está al borde de una crisis grave.

^Eso explica la forma bestial en que asesinó a la *nurse*. Quizá él también pueda aclarar otros asesinatos habidos con anterioridad, y que al alcaide le han venido preocupando mucho.

—Entonces, ahora, con un buen interrogatorio, se descubrirá todo.

—Es posible, si hay suerte. Vamos ahora a ver al alcaide, pero ni una palabra a nadie más, mi querida colaboradora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Slawia, sonriente. Como el nombre se le acercaba demasiado, le recordó—: Has de resistir, diste tu palabra.

—Correcto, pero cualquier día no resistiré y alegaré locura temporal; como estoy en Ceres, eso resultará bastante verosímil.

—Tú no eres de los que se vuelven locos con facilidad, eres demasiado cínico.

—Está bien, vamos a ver al alcaide en seguida.

—¿Viene Chipper con nosotros?

—No, lo dejaré aquí, vigilando la nave.

^Sólo te fías de él, ¿verdad?

—Anda, vamos, las mujeres hacéis demasiadas preguntas. —Se acercó a Chipper y le ordenó—: Vigila que no se acerque nadie a la nave. ¿Comprendido?

—Orden recibida.

—Mientras, repasa los motores, la climatización, la presurización. Quiero tener la nave a punto en todo momento.

—Orden recibida —repitió el robot Vulcanium con su voz metálica e impersonal.

Slawia opinó:

—Eso es tener el criado perfecto. Si los hombres fuerais como él...

—¿Os gustaría más? —preguntó Van Reims.

—No, seríais demasiados cerebrales y fríos.

—Menos mal que no soy ningún superhombre —objetó.

—Corres el peligro de serlo.

—Entonces, cometeré torpezas para no ser un superhombre.

A bordo del vehículo de superficie se internaron en el edificio central ubicado en el subsuelo. Conducía la propia Slawia, que lo llevó hasta casi las mismísimas oficinas de dirección.

Van Reims tenía paso libre y así pudo llegar con rapidez al despacho del alcaide, donde entraron sin llamar, aunque una secretaria había advertido al alcaide de su presencia a través del intercomunicador.

Van Reims vio a una mujer de edad madura y aspecto sombrío. Estaba materialmente encajada en una butaca, sin hacer nada por moverse. Parecía que las fuerzas la hubieran abandonado.

—Comisario Van Reims, le presento a la esposa del ingeniero Celaya. Señora, este es el comisario interventor.

Van Reims la saludó con un ligero movimiento de cabeza. Slawia se sentó junto a la mujer a la que conocía bien.

—¿Le ha sucedido algo, señora Celaya?

Ella no contestó, era como si se hubiera quedado muda.

—Alcaide, he venido a verle porque tengo algo importante que comunicarle.

—¿A qué se refiere, comisario?

—Es materia muy reservada.

—Entiendo —asintió el alcaide Mili, comprendiendo que Van Reims no quería explicar nada mientras la señora Celaya estuviera presente.

—Dígaselo, alcaide, dígaselo —exclamó de pronto la esposa del ingeniero.

—Comisario, la señora Celaya ha venido a comunicarme algo muy grave.

—¿Le ha ocurrido algo a la señora? —inquirió Van Reims.

—A ella concretamente, no.

—Puede explicárselo todo —autorizó la mujer madura.

—Entonces, así lo haré. —Hizo una pausa, se situó tras la mesa y prosiguió—: Según parece, el ingeniero Celaya estaba interesado por una de las *nurses*, concretamente por una llamada Gioconda.

Slawia inclinó la cabeza ligeramente. A Van Reims le dio la impresión de que la muchacha conocía la infidelidad del ingeniero.

—Siga —exigió la señora Celaya, controlando su respiración.

—El ingeniero Celaya ha salido a pasear fuera del centro, solía hacerlo acompañado de la *nurse* Gioconda. La señora Celaya, que sospechaba la infidelidad de su marido, les siguió a distancia, utilizando unos prismáticos con visión infrarroja y normal, a voluntad.

—Entiendo. Paseaban por la zona no iluminada por el Sol.

—Sí —concretó la señora Celaya.

—El ingeniero y la *nurse* se han dirigido al grupo de rocas conocido con el hombre de Whiterock. Allí, cuando ambos se separaban, ha ocurrido algo desagradable. Cinco hombres han atacado al ingeniero Celaya y la señorita Gioconda, que intentaba huir, ha sido atacada con disparos ultrasónicos.

—Eso es muy extraño. ¿Qué hombres eran éstos?

—Ahí viene lo más grave. La señora Celaya asegura haber visto a marcianos imitantes.

—¡Los he visto, puedo jurarlo, sus ojos son inconfundibles!

—Era de noche, señora Celaya —le objetó el alcaide, evidentemente incrédulo.

—Con los prismáticos he podido ver sus ojos, son inconfundibles.

—Señora Celaya, los pocos marcianos que tenemos aquí como reclusos están bien controlados. Por otra parte, no han podido llegar más marcianos a Ceres. La barrera de satélites automáticos es infranqueable. Un pájaro sería detectado de inmediato; imagínese una nave con marcianos dentro.

—Eran marcianos imitantes, no le quepa ninguna duda, alcaide. Cuando encuentren a mi marido, él se lo confirmará.

Van Reims miró al alcaide y preguntó:

—¿No han hallado al ingeniero?

—No, por ahora. He comunicado lo sucedido al mayor Androclus y con un pelotón está rastreando el lugar de los hechos. Estoy esperando sus noticias.

En aquel momento sonó un pitido intermitente.

El alcaide conectó el videoteléfono y en la pequeña pantalla apareció la imagen del mayor Androclus, que se comunicaba desde su vehículo de mando.

—¡Alcaide!

—Sí, mayor Androclus. ¿Qué ha podido averiguar?

—Nada, aquí no hay ni rastro de la señorita Gioconda. Quizá sería conveniente que el doctor Baulle diera un vistazo a la señora Celaya.

La mujer, al sentirse aludida, se puso en pie, tensa como un muelle de acero y espetó:

—¡Dígale al mayor Androclus que no estoy loca, todavía, aunque terminaré estándolo como todos aquí en Ceres!

Se dirigió hacia la puerta. El alcaide trató de detenerla con su voz.

—Señora, el mayor Androclus...

No pudo terminar. La mujer, disgustada por múltiples motivos, abandonó el despacho.

El alcaide se enfrentó con la imagen del videoteléfono y reconvino al mayor Androclus.

—Debe usted tener más cuidado al hablar, la señora Celaya le ha oído.

—Lo lamento, ignoraba que estuviera en su despacho, sólo veía la imagen de usted. Bien, ¿qué hacemos ahora?

El alcaide buscó la respuesta en los ojos de Van Reims y optó por decir:

—Sigan rastreando la zona por si encuentran alguna huella. Ya he dado orden de que se busque al ingeniero Celaya por toda la colonia, lo mismo que a la señorita Gioconda.

—Será perder el tiempo —objetó el mayor Androclus a través del videoteléfono.

—Cumpla la orden.

—Lo que usted diga, alcaide, seguiremos buscando fantasmas.

El alcaide iba a replicar a aquel sarcasmo, pero el mayor Androclus, presintiendo la reacción, cortó la comunicación.

—Ya lo ve, comisario Van Reims, aquí suceden cosas muy extrañas o todos nos estamos volviendo locos.

—No tan locos, alcaide. Yo creo que la señora Celaya ha dicho la verdad.

—Sí, supongo que habrá que creerla si el ingeniero Celaya y la *nurse* Gioconda no aparecen por parte alguna,

—Alcaide, he venido a comunicarle algo importante, algo que Slawia ha comprobado conmigo. La verdad es que no la traigo a ella como testigo, pues es algo que se puede comprobar muy bien en mi nave. Es algo que no deja lugar a dudas, aunque lo ratificaré con los ficheros que ustedes tienen aquí.

—¿Y qué es lo que ha descubierto, comisario?

—Que Willow, el hombre que hemos llevado a la enfermería, no es Willow.

—¿Cómo dice? —preguntó vivamente perplejo.

—Lo que ha oído. Las huellas dactilares de Willow no corresponden a las que yo tengo.

—¿Usted las tiene?

—Sí, tengo hasta las de usted, alcaide.

—Vaya, ha venido muy preparado desde la Tierra.

—Así es. He de llevar a cabo una investigación profunda; aquí todos pueden ser sospechosos.

El alcaide se dejó caer en su butaca. Parecía cansado.

—Si ese Willow, no es Willow, ¿quién es en realidad y dónde está el verdadero Willow?

—Lo ignoro, alcaide. De momento, hemos descubierto algo importante: Willow es un farsante y un posible espía.

—Pero ¿cómo ha podido llegar hasta Ceres?

—Lo averiguaremos, alcaide. Al parecer, la primera en descubrirlo fue la *nurse* asesinada y lo pagó muy caro. Mucho me temo que ese Willow sea un marciano.

—No es mutante, tiene nuestros rasgos —objetó el alcaide.

—En Marte todavía hay muchos que tienen nuestros propios rasgos.

—Es cierto —admitió el alcaide con un suspiro—. Aquí tenemos algunos reclusos marcianos y no hay diferencia entre ellos y nosotros. Debo felicitarle por lo que ha descubierto, Van Reims.

—Pienso averiguar más.

—¿Por ejemplo?

—Hay que comprobar si los ficheros de ustedes han sido variados para camuflar a marcianos aquí dentro, tanto entre los penados como en otros puestos de responsabilidad.

—Están a su disposición, comisario. —Se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos en ella y preguntó—: ¿Teme que los marcianos pretendan apoderarse de esta colonia minera?

—Estos yacimientos de carbounanita son muy apetecibles. Siempre se

ha temido una invasión marciana, por ello se han tomado grandes medidas de seguridad. Marte está más cerca de Ceres que la Tierra y a ellos les es más fácil llegar hasta aquí; por consiguiente, una invasión les sería relativamente sencilla si no se hubieran tomado las precauciones correspondientes.

—¿Teme que los marcianos hayan conseguido llegar a Ceres?

—No lo sé, alcaide, lo cierto es que Willow no es Willow.

—Pero esos hombres de Marte que la esposa del ingeniero asegura haber visto...

—En el armario de Willow encontramos una caja de pinturas y ojos falsos para superponer sobre los normales y adquirir un aspecto muy similar al de Lesteresa.

—¿Ese diablo marciano del Cosmos?

—El mismo. Algún día me encontraré con él.

—¿Pueden ser traidores? —preguntó el alcaide, desconcertado ante lo que estaban descubriendo.

—No precipitemos juicios, alcaide. Será preferible que no hable con nadie sobre lo que he descubierto respecto a Willow.

—De acuerdo, no se lo diré a nadie.

—Ahora, acompáñeme a la enfermería. Veremos que ha podido sonsacarle el doctor Baulle a Willow.

—Vayamos cuanto antes, estoy ansioso por saber algo de ese falso Willow.

Los tres se dirigieron hacia la enfermería que encontraron cerrada. En la puerta no había ningún vigilante, cosa que extrañó al alcaide.

—Aquí tenía que haber un guardián —dijo.

—Pues no lo hay —observó Slawia—. ¿No puede haber ido a tomar algo?

—No, tenía orden de no moverse. Esto es muy extraño.

—Entremos y veamos lo que hay —propuso Van Reims.

—Sí, será lo mejor aceptó el alcaide.

Sacó una tarjeta metálica de identificación y la aplicó a un cuadrado luminoso que había a un lado de la puerta. Esta se corrió automáticamente.

Todo estaba quieto, silencioso, pero en el suelo había un rastro de cenizas con una forma humana.

—¡Es el vigilante! —exclamó el alcaide, identificando lo que había quedado del casco, las botas lastradas, el cinturón y el arma.

Van Reims opinó:

—Lo han matado con un láser de infrarrojos.

Lo ocurrido en la enfermería les impresionó vivamente. No cabía duda alguna de que existían más elementos extraños en Ceres y que Willow, o quienquiera que fuese, había sido asesinado por considerarlo ya inútil para los objetivos que perseguían o simplemente porque podían pensar que se había ido de la lengua.

—Por lo visto, esos sujetos marcianos se mueven por Ceres con absoluta desenvoltura, lo mismo aquí en el centro de gobierno de la colonia que en los más alejados pozos de extracción de mineral. Nadie sospecha de ellos y se nos pueden acercar impunemente para matarnos.

—Parece que cuando actúan en grupo se disfrazan de marcianos —comentó Slawia.

Van Reims opinó a su vez:

—Quizá lo hagan para reconocerse entre sí y no hacerse daño mutuamente. Es posible que sin esos disfraces de mutantes marcianos no se reconozcan. Así no corren el riesgo de traiciones o denunciarse si son capturados e interrogados.

—Esto parece una guerrilla bien montada en el mismo corazón de sus objetivos. Lo que no me explico es cómo se han podido introducir aquí. ¿Cómo habrán logrado suplantar a otros hombres, usurpando sus puestos?

—Alcaide, todo lo averiguaremos, pero hay que investigar y duro. Me daré una vuelta por la superficie del asteroide para ver si descubro algo. Usted puede ordenar al servicio de vigilancia que efectúe una

investigación en los armarios de todos los que están en la colonia, pero que sea rápida. Si en alguno de ellos encuentran pinturas y ojos falsos para colocarse encima de los normales y aparecen como mutantes, ya habrá encontrado a uno de los enemigos infiltrados.

—Yo conozco bien la topografía de Ceres. Si quieres, te acompaño —propuso Slawia.

Van Reims la miró y asintió con la cabeza.

—Vamos. —Antes de traspasar la puerta, se volvió hacia el alcaide para recomendarte—: Que lo ocurrido no trascienda. Recuerde que en Ceres el pánico es fácil que se contagie y por sugestión puede transformarse en histeria colectiva.

—Descuide, lo tengo en cuenta —respondió el alcaide, mirando los dos cuerpos reducidos a cenizas.

CAPITULO VIII

Viajaban en un veloz aerócepto que podía volar en la atmósfera de Ceres a una altitud de más de mil pies.

Con aquella clase de vehículos se podían desplazar con rapidez por el asteroide, pero no se podía escapar de su atmósfera; por ello, no era mirado con deseo.

Llevaban consigo al robot Vulcanium y Van Reims lo había situado junto a una ventanilla para que con su poderoso sistema óptico electrónico, capaz de escudriñar por infrarrojos y otros tipos de radiaciones, tratara de localizar a los desaparecidos.

—¿Esperas encontrar al ingeniero Celaya y a la *nurse* que según la señora Celaya fue asesinada?

—No sé, no sé —vaciló Van Reims—. Depende de la suerte que tengamos. La topografía de Ceres es muy abrupta, hay muchos lugares para esconderse.

—Es cierto —admitió Slawia.

Al mirar hacia abajo, vio los profundos cráteres. En el centro de algunos de ellos se elevaban montículos rocosos, mucho más altos e inaccesibles de lo que parecían a simple vista desde el aire, pues sus bases se asentaban en el fondo de cráteres muy profundos, sin apoyarse en ninguna de sus paredes. Semejaban gigantescas trampas para las cosmonaves que se aventuraban a descender allí.

Pasaron por encima de varios pozos de extracción. Tras una larga e infructuosa búsqueda, Van Reims opinó:

—Si esconden a su prisionero o a algún muerto, lo harán posiblemente en la cara siniestra de Ceres, allí donde la noche es eterna.

Puso rumbo al Este y no tardaron en dejar atrás el día para buscar la noche.

No obstante, por hallarse a considerable altura, ellos recibían la luz solar y el aerócepto debía de brillar en el cielo de Ceres.

De pronto, se escuchó la bocina parlante del robot.

—Luz punto dos, punto treinta.

Gracias al teleobjetivo automático de su sistema óptico, el robot había visto más lejos que los ojos humanos.

Slawia, frente al salpicadero de mando, pulsó unos botones mientras Van Reims ponía proa en la dirección indicada.

Se iluminó una pantalla y Slawia movió un dial hasta que en la pantalla apareció la luz que el robot descubriera.

—Bravo por Chipper, tiene un excelente ojo —aplaudió la joven.

—Sí, dispone de unos sensores muy fiables y potentes.

El aerófono ya casi se colocaba encima del cráter en el que aparecía la luz cuando ésta se apagó, sumiéndose de nuevo en la oscuridad.

—Hay hombres en cráter —manifestó el robot que seguía escudriñando.

Su sistema de detección de infrarrojos captaba perfectamente las figuras humanas por el calor que desprendían y eso a mucha distancia*

De súbito, un dardo láser alcanzó a la nave y ésta se balanceó en el aire.

—¡Wal, nos han alcanzado! —gritó Slawia.

La pantalla que tenía delante saltó hecha pedazos y el robot osciló de un lado a otro.

Van Reims apagó todas las luces de a bordo y viró trescientos sesenta grados al tiempo que caía en picado.

—Sujétate bien, Slawia, no sé qué toma de suelo vamos a conseguir.

Cuando ya se precipitaban contra la abrupta superficie de Ceres, Van Reims, un experto piloto, efectuó una rápida maniobra de ascenso.

Niveló el aerófono, sujetándolo para que no se descontrolara, pues estaba gravemente tocado. Después, cayeron, sufriendo una sacudida que medio los conmocionó.

En el último instante, antes de tocar al suelo, Van Reims había quitado todos los contactos y quedaron sumidos en la oscuridad.

—Slawia, ¿estás bien? —inquirió solícito, inclinándose hacia ella en la

oscuridad.

—Sí, estoy bien.

—Chipper, ¿estás averiado?

—No, negativo. Estoy en perfecto estado.

—Magnífico. Anda, abre la puerta que está algo encajada. Tenemos que salir de este artilugio averiado.

—Orden recibida —respondió el robot.

Chipper arrancó materialmente la puerta con sus manos metálicas, movidas por resistentes y poderosos cables que quedaban en el interior de aquellos dedos que a la vez podían disparar frecuencias de rayos ultrasónicos.

Slawia y Van Reims abandonaron el aeróptero en pos del robot que les aguardaba fuera.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la mujer, estirando sus miembros y contorsionando su cuerpo.

Todo le dolía, la caída había sido muy dura, pero peor habría sido si Van Reims no hubiera controlado eficazmente el aparato, tocado por quienes se ocultaban en el siniestro cráter en la cara oculta de Ceres, aquella cara siempre sumida en la noche y donde hacía verdadero frío, lo que acusó Slawia.

—Nos vamos a congelar aquí.

—Ahí dentro creo que hay ropas de abrigo. En cuanto a las cabezas, dentro de los cascos no corren peligro.

Se abrigaron. Chipper les vigilaba y controlaba a la vez su entorno, haciendo girar su cabeza trescientos sesenta grados de cuando en cuando. A él no le hacía falta abrigo de ninguna clase.

—Debería regresar a la colonia, con el robot, pero...

—Quieres ir a buscar a quienes nos han disparado —dijo Slawia, comprendiendo y no preguntando.

—Si nos retiramos ahora, tendrán tiempo de huir. Ahora están relativamente cerca.

—Pues, vamos hacia ellos, no te preocupes por mí.

—Yo llevo una pistola, pero Chipper tiene suficiente poder ofensivo. Hemos de procurar no apartarnos de él mientras buscamos a quienes nos han disparado.

Chipper no necesitaba que le ordenaran seguir a Van Reims; ya estaba programado para ello.

Anduvieron en la oscuridad hacia el cráter. La cara iluminada de Júpiter hacía que no estuvieran en tinieblas completas. Júpiter se veía grande, poderoso, y con un simple catalejo habrían podido observar sus lunas.

La luz que el padre Júpiter reverberaba les era muy útil para caminar en la noche eterna del asteroide; lo que no hacía aquella luz era proporcionarles calor, pues en aquel suelo de Ceres que el Sol no acariciaba con sus cálidos rayos, todo estaba helado.

Si había alguien en el cráter, tendría algún sistema calefactor; de lo contrario, quedarse allí habría significado suicidarse por la hipotermia.

—¿Crees que esos supuestos marcianos tiene una guarida dentro del cráter?

—Es posible, pronto lo averiguaremos.

Se detuvieron al borde del cráter. Van Reims pidió a Slawia:

—Agáchate, que Chipper se quede en pie.

—¿Y si le disparan a él?

—El robot no es vulnerable como nosotros. —Se volvió hacia el monstruo mecánico electrónico—. Chipper, busca a los hombres e ilumínalos.

—Orden recibida.

Inmediatamente, los sensores de rastreo del robot escudriñaron el interior del amplio cráter que tendría un diámetro de casi media milla y cuyo fondo se perdía en las sombras.

Sus paredes eran abruptas, escarpadas, y en algunos lugares completamente verticales e inaccesibles, lo mismo para quien estuviera en el fondo como para los que se hallaran arriba y quisieran

descender sin cuerdas.

La cabeza del robot se detuvo y dé pronto, por su mirilla brotó un potente haz lumínico que chocó de lleno en un grupo de rocas situadas a no demasiada distancia de donde se hallaban y a unos cien pies de profundidad.

Unas figuras humanas se revolvieron en medio de la luz, como escarabajos sorprendidos en un festín por la luz de una simple linterna.

Uno de aquellos seres que semejaban demonios, escapados de un hipotético averno por la siniestra sima con boca de cráter, disparó su fusil láser, probablemente el mismo que utilizaran para derribar el aeróptero.

El chorro del láser dio en el cuerpo del robot Vulcanium, lo que indicaba que quien lo había disparado sabía manejar muy bien un fusil de aquel tipo, pero el dardo de láser rebotó en el cuerpo del robot.

Brotaron unas chispas frías en derredor y de inmediato, como réplica defensiva, pues así estaba programado, el robot lanzó unos rayos por las puntas de sus dedos de la mano derecha.

El que había disparado fue lanzado contra la pared. Brincó de lado y después cayó al vacío, lanzando un prolongado alarido que se perdió en las profundidades tenebrosas de aquel cráter siempre sumido en la oscuridad, pues por toda luz sólo tenía la reverberada por el gran padre Júpiter.

El haz de luz disparado por el robot a través de su mirilla óptica siguió buscando a los enemigos, pero éstos desaparecieron entre una fisura de la pared ante el temor de seguir la misma suerte que su compañero, al que ya no volverían a ver.

—Quieto, Chipper, no les ataques más. —Orden recibida —asintió el robot sin disparar más rayos, pero manteniendo la zona batida perfectamente iluminada.

Slawia opinó:

—Parece que se los haya tragado el suelo.

—Se han filtrado por la pared. Chipper podría cegar la entrada, pero no nos interesa. Lo que nos hace falta es atrapar a uno de ellos vivo,

por lo menos.

—Sí, creo que es lo mejor. Si uno es capturado, puede que hable. El falso Willow podía haber hablado, por ello lo asesinaron sus propios compañeros.

—Bajaremos.

—¿Enviaremos primero algún mensaje a la base?

—El aerófono está averiado, dudo que su sistema de señales funcione, claro que podríamos emitir señales a través del sistema de telecomunicación del robot, pero ahora no hay tiempo que perder. Bajemos.

Se pusieron en pie junto al abismo, precisamente donde estaba la pared casi vertical.

—Habrá que buscar el mismo camino que ellos han empleado para situarse en aquel lugar.

—Lo buscaremos —dijo Van Reims. Mirando al robot, le ordenó—: Ve tú delante hasta que encontremos huellas de calzado humano.

—Orden recibida.

El robot Vulcanium echó a andar sin separarse del borde del cráter. En esta ocasión dirigía el haz de luz al suelo, iluminado el camino. Slawia y Van Reims le seguían, seguros de que por donde pasara el robot pasarían ellos sin dificultad.

El robot se detuvo Su bocina parlante anunció:

—Aquí hay huellas de calzado humano.

—Bien, Chipper, síguelas y los encontraremos.

—Orden recibida.

El robot inició el descenso por el peligroso camino que en ocasiones desaparecía por detrás de unas rocas.

—¿Tendrán dentro de esa gruta al ingeniero Celaya y a la *nurse*?

—No lo sé, pero si se puede, entraremos en la cueva.

Al fin, arribaron a la cueva. Tenía una boca que era una especie de

grieta oblicua en la pared.

Chipper iluminó el interior de la misma y dijo:

—No hay nadie, pero hay rastro de calor humano.

—Adelante, Chipper, estarán adentro.

Se internaron en la gruta. A los pocos pasos, sobre una roca plana, tuvieron un hallazgo muy desagradable.

—¡La *nurse*! —exclamó Slawia.

El robot iluminó el cadáver de Gioconda. Slawia apartó su mirada de ella.

—Dios mío, qué horror.

—Esos sujetos practican el canibalismo —opinó Van

Reims sombrío.

—Pero ¿por qué? ¿Son alimañas o seres humanos?

—Me temo que carecen de víveres. Eso quiere decir que no tienen acceso a las cocinas y posiblemente tampoco a los comedores. Tendrán hambre y comen lo que sea.

Slawia sufrió un intenso estremecimiento. No quiso mirar a Gioconda y tuvo verdadero terror de que a ella le ocurriera lo mismo que a la *nurse* cuyo cadáver yacía en la gruta.

Siguiendo al robot, se adentraron en la cueva. No cabía duda de que aquel lugar lo tomaban como guarida.

—Supongo que tendrán una lista de los penados escapados al control y que han sido dados por desaparecidos.

—Sí, existe esa lista. Esos penados no pueden escapar de Ceres y se les da por desaparecidos porque, efectivamente, desaparecen en los cráteres de este asteroide maldito. Algunos mueren de frío, otros despeñados y otros de inanición. Muy pocos regresan con vida, únicamente los que enloquecen tratan de huir a donde sólo la muerte les espera.

—Por lo visto es muy fácil enloquecer aquí, pese a las medidas profilácticas, cascos y demás.

—La radiación de la carbounanita es mala, eso no se puede poner en duda, pero si se siguen estrictamente las medidas de seguridad no tiene por qué ocurrir nada. Sin embargo, los penados son gente inadaptada y de difícil obediencia, por ello cometen muchas infracciones a los reglamentos y de esas infracciones, el ochenta por ciento como mínimo pasan inadvertidas al servicio de vigilancia que es más bien escaso para dar sensación de libertad a los penados que aquí no pueden obsesionarse por rejas ya que no las hay, aunque los lugares prohibidos sí están protegidos por gruesos muros de cemento armado y sus puertas, aparentemente normales, son de extra acero tungsténico, macizas, y no hay ariete que pueda abrirlas.

La cueva natural tenía pendientes ascendentes y descendentes, pero era muy practicable y ni siquiera el robot tuvo problemas para seguir adelante. Sin embargo, el camino se hacía largo, muy largo. Slawia trató de disimular su cansancio.

—¡Nooo! —gritó de pronto una voz, llegando hasta ellos con miles de ecos.

Se miraron entre sí, alarmados.

—¿Será el ingeniero Celaya? —se preguntó Slawia.

—¡Chipper, aprisa!

Escucharon ruidos, rumores, voces broncas, indudablemente ya no estaban lejos.

El robot aceleró el paso y el haz de luz que brotaba de su cabeza abría camino entre las tinieblas.

De pronto, ante el haz de luz apareció una figura humana. El robot extendió su mano, pero Van Reims le contuvo.

—¡No, Chipper, no dispaes!

—Es Celaya —le identificó Slawia.

Por detrás del ingeniero dispararon un arma ultrasónica y éste cayó de bruces. El robot siguió avanzando.

—¡Cuidado, no lo pises! —le pidió Van Reims.

Slawia se inclinó sobre el caído, levantándole la cabeza.

—Aún vive.

—Ingeniero, ingeniero, somos sus amigos —le dijo Van Reims.

—Los marcianos, los marcianos quieren desactivar, desactivar...

Torció la cabeza sin poder decir más.

—Ha muerto —anunció Slawia, dolida.

—¡Chipper, adelante! —le ordenó van Reims.

Se internaron en la cueva hasta desembocar en una gran nave natural en la que se abrían no menos de media docena de grutas que el robot escrutó con sus sensores. Terminó diciendo:

—Se han dispersado por diferentes aberturas de la pared.

—Se han dispersado para que no podamos perseguirlos—masculló Van Reims, impotente—. Y hasta es posible que alguna de esas cuevas tenga otra salida. Hay que retroceder, Chipper.

—Orden recibida.

Slawia observaba el cadáver del ingeniero que quedó iluminado por el robot.

—Lo han estado torturando, tiene horribles marcas en el cuello, en la cara y las manos.

—Sí, lo secuestraron para interrogarlo.

—¿Y qué querrían sonsacarle?

—Me temo que se ha referido a la desactivación del artefacto nuclear sumergido en las entrañas de Ceres y que constituye una defensa contra cualquier posible invasión marciana.

Slawia miró preocupada a Van Reims y le preguntó:

—¿Es cierto que Ceres se convertiría en polvo cósmico si los marcianos trataran de invadirlo?

—Así es. No se trata de una broma, sino de algo muy serio.

—Es horrible. Siempre he creído, como muchos otros, que era real del todo.

—Pues lo es. El artefacto nuclear que hay en el subsuelo de Ceres, a

gran profundidad, inaccesible para todos, puesto que el pozo de entrada fue cegado con cemento para que no pudiera ser extraído, convertiría a Ceres en polvo cósmico.

—¿Y si los marcianos, aun sabiéndolo, atacaran?

—No conseguirían nada.

—Sí conseguirían, Wal, conseguirían que la Federación Terrestre se quedara sin sus yacimientos de carbounanita.

—Si Ceres quedara destruido, inmediatamente se produciría un virulento ataque relámpago por parte de la Federación Terrestre a Marte, con los misiles más poderosos y destructivos, corriendo el mismísimo planeta Marte el peligro de destrucción total.

—Si llegaran a ocupar Ceres, ¿igualmente se produciría ese ataque?

—No, ese es un ataque a la desesperada. Si la Federación Marciana lograra ocupar Ceres sin destruirlo, el gobierno de la Federación Terrestre se mesaría los cabellos y espumaría de rabia, pero no se atrevería a lanzarse a una guerra total contra Marte. Quizá habría una guerra convencional cósmica, pero no una total, no sería un ataque a la desesperada. Nadie lo aprobaría.

—Comprendo. Sería un hecho consumado la pérdida de los yacimientos de Ceres.

—Así es y entonces, los marcianos tratarían a su vez, por todos los medios, de no perder Ceres. Lo cierto es que a ellos les sería más fácil de proteger que a nosotros, pues Marte tiene su órbita mucho más cerca de Ceres que la Tierra.

—¿Y es posible desactivar el artefacto destructor de Ceres?

—Sí, claro que lo es.

—¿Es fácil?

—No, difícilísimo, pero existe la posibilidad de desactivarlo por si surge un peligro erróneo. Cualquier artefacto ha de poderse controlar por la mano del hombre, pues aunque las computadoras que lo controlan sean de la máxima fiabilidad, nunca tienen las posibilidades que la mente humana posee para discernir entre ciertos aspectos de la conducta humana. Es difícil de explicar, pero el hombre hace bien no confiándolo todo, incluso su propio destrucción, a las máquinas, por

muy perfectas que éstas sean.

—¿Y cuánta gente sabía en Ceres que se podía desactivar el artefacto nuclear?

—Sólo dos, el alcaide en persona y el ingeniero jefe.

Slawia miró a Celaya y preguntó:

—¿Habría hablado?

—Por si acaso, hay que regresar cuanto antes a la base central.

—Pues, vayamos, pero si desactivan la carga nuclear, ¿qué puede ocurrir?

—Que estén esperando no muy lejos de Ceres unos escuadrones de combate cósmicos marcianos, dispuestos para invadir el asteroide en el momento que estimen

propicio. Lo primero que harían sería bombardear todo lo habitado para aniquilar una posible resistencia y en eso no tardarían más de cinco minutos. Después desembarcarían y cuando la Tierra tuviera conocimiento de lo ocurrido, ya sería tarde.

—Regresemos cuanto antes. ¿Qué hacemos con el cadáver del ingeniero?

—Llevarlo con nosotros, Chipper cargará con él. Van Reims colocó el cadáver sobre el hombro del robot y éste no pareció acusar el peso en absoluto. Después, emprendieron el regreso para salir de la cueva. Slawia no pidió a Van Reims que se detuvieran para descansar pese a que se hallaba agotada, pero él se dio cuenta y ordenó a Chipper: —Párate un momento.

—No, no es necesario —dijo ella— aguantaré, —pero se apoyaba contra las paredes de la gruta.

—Hay una forma para ir más ligeros y también Chipper irá más rápido.

Slawia observó cómo Van Reims quitaba las botas al cadáver del ingeniero Celaya. Luego se descalzó las suyas y pidió a Slawia, señalándole los pies: —Quítatelas también. —El reglamento de Ceres lo prohíbe. —Lo sé, pero ésta es una situación de emergencia, y yo tengo facultades para intervenir en lo que sea preciso, de modo que

quítate las botas lastrantes. Verás como te fatigas mucho menos.

Ella obedeció y Van Reims pasó las botas a Chipper para que las llevara junto con el cadáver del ingeniero. Slawia se puso en pie y le miró tratando de sonreír.

—Es cierto, me siento mucho más ligera.

—Verás como llegamos antes a la base. Continuaron caminando, ahora, descalzos, tras el robot.

Cuando llegaron junto al cadáver de la *nurse* Gioconda, Van Reims la cargó también sobre Chipper.

Salieron de la cueva y más tarde se hallaban, en la frialdad de la noche, fuera ya del cráter. Chipper iba muy cargado, pero su poderosa fuerza artificial no parecía notarlo.

Al llegar al aeróptero. Van Reims trató de poner en marcha sus sistemas de telecomunicación.

—Es inútil, está destruido —se lamentó Slawia, en tanto descansaba en uno de los anatómicos asientos de la aeronave.

—Chipper, intenta comunicarte con la base.

—Orden recibida —respondió el robot Vulcanium.

Pasaron los minutos y no hubo contacto. El robot explicó:

—La telecomunicación no llega, hay barreras geológicas y de radiación.

—¿Qué haremos, Wal? Estamos lejos de la base.

—Pues hemos de llegar a ella como sea.

—Nos pueden perseguir.

—Sí, habremos de tomar precauciones. Tú descansa en tanto aquí, porque luego nos espera un largo camino.

Condujo al robot hasta el borde del cráter y le ordenó :

—Destruye la entrada de la cueva por la que hemos pasado, Chipper.

—Orden recibida.

Esta vez no utilizó las puntas de sus dedos para enviar rayos ultrasónicos, sino la mirilla. Y en lugar de un haz luminoso, en esta ocasión brotó un chorro cósmico que fundió las rocas de la entrada de la cueva, provocando un alud.

Instantes después, la gruta quedaba cegada e incluso el camino hasta ella se había borrado de la pared.

—Espléndido, Chipper. Si sólo tenían una salida, ya no van a poder emplearla esos malditos marcianos caníbales.

Regresaron junto a Slawia.

—¿Qué ha pasado? —inquirió la joven.

—Esas ratas no saldrán de nuevo por ese agujero que nosotros hemos empleado. Ahora, regresaremos a la base. Tú y yo iremos delante; Chipper nos seguirá cargado con los cadáveres.

Minutos más tarde, cogidos de la mano, Slawia y Van Reims volaban materialmente por la superficie de Ceres.

Sin las botas lastrantes obligarlas, daban saltos en dirección a la base, saltos entre treinta y cuarenta metros cada uno, pasando en ocasiones por encima de grupos rocosos gracias a la diferencia de gravedad entre la Tierra y Ceres.

Sus músculos seguían estando óptimos para desplazarse por la Tierra, por lo que en Ceres prácticamente volaban sin utilizar artillugio alguno.

Aquella sensación de ingravidez que experimentaba agrado mucho a Slawia, que iba cocida de la mano del cosmonauta. Y la hubiera gozado plenamente de no hallarse en una dramática carrera que tenían que ganar a los marcianos que habían conseguido infiltrarse en el asteroide.

CAPITULO IX

La mirada del alcaide Mills se clavó en los pies del comisario Van Reims.

—No lleva las botas lastradas reglamentarias —observó

Van Reims, que se estaba calzando unos mocasines acolchados, respondió:

—Tengo los pies hechos polvo, alcaide, y usted también los tendría si hubiera recorrido las mismas millas que nosotros sin calzado.

—Es cierto. ¿Y la señorita Slawia?

—Descansando en su hábitat; le hace falta. Creo que "doc" Baulle le ha dado un sedante. Lo que ha visto Slawia ha sido muy desagradable, dejando aparte que por poco no lo contamos.

—Tengo noticias de la caída del aerófono.

—Esos malditos marcianos que han conseguido infiltrarse en Ceres nos han abatido.

—Pero ¿cómo lo han conseguido?

—El "cómo" ya lo averiguaremos; lo importante ahora es que están y que su misión es desactivar el artefacto nuclear que impide que los marcianos ataquen el asteroide.

—Pero ellos no saben dónde se encuentra.

—Lo sabe usted y lo sabía el ingeniero Celaya; lo que ignoramos es si reveló su emplazamiento antes de morir.

—¿Está seguro de que el ingeniero ha muerto?

—Sí, y también la *nurse*, aunque ella está peor. Ese canibalismo que aquí impera es sumamente desagradable. Mejor sería dejar por ahí *containers* con galletas para que los fugitivos no pasaran hambre. Aunque sólo fuera por el aburrimiento de estar solos, volverían, pero eso de la comida... En fin, el robot traerá sus cuerpos, pero aún tardará unas horas. Slawia y yo nos hemos adelantado; él viene cargado con los cadáveres.

—Qué horror. ¿Y cuántos eran ellos?

—>Lo ignoro. Les cegamos la entrada de la cueva en que se escondían, pero es muy posible que tengan otra salida. —Se puso en pie frente al alcaide y añadió—: Hay que comprobar si el sistema de activación y desactivación del artefacto nuclear que constituye la defensa suicida del asteroide Ceres está en perfecto estado.

—Es que tengo órdenes muy severas al respecto —vaciló Mills.

—No me diga. ¿Quiere que le cuente dónde está, por si recela también de mí?

Mills suspiró.

—No, no es necesario. Sólo el jefe de ingenieros y yo conocemos el emplazamiento secreto. Ni siquiera lo conoce el jefe de celadores, el mayor Androclus.

—Mejor así.

—No creo que nadie haya podido desactivar el artefacto nuclear —dijo el alcaide, con mucha seguridad.

—Es posible, pero hay que comprobarlo.

—Está bien, lo comprobaremos, pero es alto secreto.

—Por supuesto que es alto secreto, alcaide; por eso estoy yo aquí.

—Venga conmigo, pues.

Anduvieron por largos corredores. Van Reims tenía que controlar sus pasos, pues al no ir lastrado con las botas, casi flotaba en su avance, pero estaba acostumbrado a dominarse, como buen cosmonauta que era.

—Y el mayor Androclus, ¿qué hace, alcaide?

—Sigue batiendo la zona en busca de la *nurse*. Ahora le avisaré para que deje de buscar, ya que usted la ha encontrado, desgraciadamente.

—Sin dejar de caminar, ladeó el rostro para mirarle y preguntó—: ¿Qué le parece si doy la alarma general?

—Que sería excesivo por el momento. Ha habido varios crímenes y tenemos a unos marcianos infiltrados en la colonia de Ceres, pero si da la alarma puede que la cosa sea peor. No, no dé la alarma hasta que sea completamente indispensable.

—Bien, así lo haré.

Entraron en el despacho del alcaide. Este cerró la puerta por dentro, aplicando el sistema de seguridad.

—Ahora no podrán sorprendernos.

Se colocó tras su amplia mesa de despacho. Abrió el cajón central y metió la mano dentro de él. Allí debía de haber un resorte oculto que el alcaide manipuló e, inmediatamente, la grande y pesada mesa se puso en movimiento, girando sobre uno de sus lados, que tomó como eje.

Al poco comenzó a aparecer un hueco debajo de donde estaban los cajones de la mesa y en el hueco, una angosta escalerilla descendente.

La luz se había hecho de forma automática en aquella especie de cabina situada bajo el escritorio del alcaide.

—Descendamos.

Aquella cabina, muy blanca y bien iluminada, no tenía salida. Unos gruesos cables emergían del fondo del suelo y, sin duda alguna, debían conducir a la macrobomba nuclear, situada a gran profundidad del subsuelo del asteroide.

Allí también había varios paneles electrónicos que debían de estar permanentemente en contacto con los satélites automáticos de vigilancia, pues éstos eran en realidad los que tenían que activar la bomba si era necesario.

—Todo muy sencillo, aparentemente —opinó Van Reims.

—Sí, pero no lo es tanto. Todos los circuitos están duplicados por si hubiera algún fallo pese a que son considerados del noventa y nueve coma noventa y nueve de fiabilidad.

—Todos estamos ahora pendientes de un hilo, nuestras vidas están a merced de estos mecanismos.

—Sí, pero si se estropearan no haría detonar la bomba. Todo está pensado y, periódicamente, llega aquí un grupo de mantenimiento especial y secreto que lo revisa todo detenidamente. Nadie se da cuenta de que lo hacen, porque se encierran aquí conmigo como si estuvieran charlando.

—Es importante que nadie más lo sepa. Los marcianos tienen como objetivo inutilizar todo esto, y si lo consiguen, invadirán Ceres con sus naves de combate. —Y no habrá defensa posible, puesto que los refuerzos que pudieran enviar desde la Tierra tardarían demasiado y, además, podrían ser interceptados al pasar por la órbita solar de Marte.

—Pues ya ve: por ahora no hay que sospechar nada, puesto que todo está en orden. Nada ha sido tocado. Para desactivarlo tendrían que quitar esta doble palanca de tres fases, y aun así, el que trate de hacerlo deberá conocer una clave, es decir, mover otro resorte antes de quitar la palanca. De lo contrario, al coger ésta, quedaría electrocutado.

Van Reims revisó minuciosamente todo el sistema y luego dijo al alcaide.

—Salgamos si todo está perfecto, pero va a hacer una cosa.

—Usted dirá. Después de todo, y aunque yo sea el alcaide, usted es el comisario interventor con plenos poderes.

—Colocará a dos vigilantes armados en la puerta del despacho por su lado exterior para que nadie entre. Hemos de tener en cuenta que los marcianos pueden saber ya cómo llegar hasta aquí.

—Dos centinelas armados despertarán sospechas.

—Si quiere dar una explicación, servirá la de que deben proteger su persona y su despacho después de las muertes ocurridas. Que no pase nadie, a rajatabla.

—Correcto. Así se hará.

—Tenga en cuenta que esos malditos se pueden disfrazar de personal de la colonia.

—¿Hasta qué punto pueden estar mezclados entre nosotros?

—Lo ignoro, pero lo curioso es que lo mismo pueden disfrazarse para parecer marcianos mutantes que a la inversa. No sé qué pensar de todo esto, alcaide. Lo único cierto que sé es que ellos pretenden desactivar nuestro artefacto defensivo. Aunque ésta sea una defensa suicida, es la única forma de mantener a raya a la codiciosa Federación Marciana, y si la perdemos, habrán logrado su objetivo y nos invadirán. No olvide que los penados, ante la oferta de una posible

libertad, se pondrían del lado de los invasores, aunque luego éstos acabarían convirtiéndolos en esclavos mineros.

—No lo conseguirán.

—Eso esperamos todos. No confíe en nadie y ponga los centinelas en la puerta de su despacho. Toda medida de precaución es poca, alcaide —advirtió con voz grave y preocupada Wal van Reims.

CAPITULO X

—Llevamos horas buscando, mayor —objetó el capitán de celadores.

El mayor Androclus admitió con desesperanza:

—Sí, es posible que todo se trate de una pesadilla de la señora Celaya y su marido, acompañado de la *nurse*, aparezca por cualquier lado y en el momento más inesperado. Hoy, Júpiter brilla más hermoso que el mejor de los plenilunios terrestres.

Todos comprendieron la alusión del mayor Androclus, aunque éste, como era lógico, no se atrevía a hablar claro tratándose del jefe de ingenieros Celaya, con el que tenía que tratar en muchas ocasiones. —¿Qué hacemos ahora?

—Cojan los vehículos y regresen al cuerpo de guardia. Yo daré una vuelta por ahí para dar un último vistazo.

El sargento Patterson se adelantó para decirle, siempre iluminado por los focos de los vehículos que les brindaban su luz:

—Yo le acompañaré, mayor.

—¿Que usted me acompañará, sargento? ¿Quién cree que da las órdenes aquí, usted o yo?

El sargento quedó perplejo ante la réplica inesperada del mayor Androclus cuando lo que él deseaba era ayudarle. Al parecer, no había sido comprendido o no había sabido expresarse bien. —Mayor, yo... —vaciló.

—Usted regrese con los demás. Yo me llevaré el coche de oficialía.

—Lo que usted ordene, mayor —dijo el sargento, saludándole.

El mayor Androclus subió al vehículo de oficialía. Allí sentado, aguardó a que sus hombres se alejaran en otros coches. No se movió hasta que vio perderse las luces en dirección a la base central de la colonia, donde se ubicaba el cuerpo de guardia de los vigilantes.

Después, dio la vuelta y se alejó entre las tinieblas de la cara oscura de Ceres.

Como si conociera bien el camino, aumentó la velocidad hasta llegar al borde de un cráter no muy grande. Descendió por él en espiral hasta

llegar a su fondo.

Detuvo el vehículo y dio varias intermitencias a las luces. Esperó con los focos encarados a una cueva que se abría en el interior del cráter.

No tardaron en aparecer tres hombres que semejaban surgir del averno de Ceres.

Sus orejas eran puntiagudas, sus rostros rojizos y sus ojos redondos y fantásticamente grandes.

El mayor Androclus se llevó a los labios un cigarrillo y aguardó hasta que ellos se le acercaron. Después, preguntó:

—¿Cómo ha ido?

—A la mujer tuvimos que matarla, nos descubrió.

—Lo sé, y habéis hecho bien en hacerla desaparecer. ¿El hombre está adentro, vigilado?

—¿Se refiere al ingeniero Celaya? —preguntó otro.

—Naturalmente.

—Ha muerto, mayor. Huía y tuvimos que dispararle

Androclus palideció. Lo que acababa de oír no le había gustado en absoluto.

—¿Que lo habéis matado?

Ellos advirtieron la preocupación del jefe de vigilantes.

—Pero antes le hicimos hablar.

—¿Seguro que habló?

—Sí. Nos dijo lo que usted quería saber, mayor. En cuanto a la chica, hemos estropeado algo su cadáver para dar apariencia de canibalismo, de que somos evadidos de anteriores ocasiones. No sospecharán nada respecto a nosotros; creerán que somos marcianos que hemos llegado a Ceres, que estamos sin alimentos y que nos comemos lo primero que cae en nuestras manos. Necrofagia, exclamaran.

—Sí, es lo que creerán.

—En la otra entrada nos han descubierto, mayor.

—¿El comisario? —Si el comisario es el que iba con el maldito robot, es él, no cabe duda —masculló uno de aquellos seres. —Sí, lleva un maldito robot Vulcanium, casi invulnerable.

—Nos atacaron y murió Campbell. Luego, huimos hacia el interior de la cueva, perseguidos por el robot. Ese monstruo mecánico es capaz de seguir cualquier pista. Tuvimos que dispersarnos por la sala de las seis bocas. El ingeniero intentó huir y le dimos lo suyo, pero ya nos había contado lo que usted deseaba averiguar.

—Y bien. ¿Qué os ha dicho?

—Está en el despacho del alcaide. Hay que abrir el cajón de su escritorio y en el fondo hay un resorte que hará que la mesa se desplace de donde está, dejando al descubierto la cabina de control del artefacto nuclear.

—Magnífico. Tanto tiempo buscando ese lugar y tantas veces que he estado encima de él —comentó el mayor Androclus.

Dio una fuerte chupada a su cigarrillo y expulsó el humo hacia el cielo de Ceres, un cielo negro de terciopelo en el que brillaban miríadas de estrellas en torno al gran padre Júpiter.

—El ingeniero no habrá podido decir nada referente a nosotros. Lo matamos antes de que hablara.

—Magnífico. Ahora os quitáis esos disfraces y os colocáis vuestros uniformes. Hemos de regresar a la base y actuar. —Alzó su mirada hacia el cielo y dijo—: Lesteresa estará esperando nuestra contraseña dándole vía libre para invadir Ceres.

—Esos marcianos no nos traicionarán luego, ¿verdad? —inquirió uno de los falsos marcianos.

—No, no podrán hacerlo porque yo controlaré Ceres en el futuro y nos lucraremos de la carbouranita que aquí se extrae. Esto se convertirá en una colonia marciana, pero yo seré el gobernador absoluto; no estaré sometido a nadie. Tengo planes, muchos planes. —Miró a sus tres secuaces, tan traidores como él, y les sonrió entre el humo de su cigarrillo—. Vosotros estaréis conmigo. Tendréis dinero, poder, mujeres y *cottages* de lujo en las mejores zonas de veraneo marcianas. No os faltará de nada por haber confiado en mí. Aquí no habríais pasado jamás de ser unos simples celadores con un salario oficial

incrementado por la estancia en el asteroide, pero que sólo os permitiría estar cómodos cuando fuerais viejos y os jubilarais, si es que llegabais a viejos, porque aquí la vida es dura y la muerte se enseñorea de este maldito asteroide.

—Mayor, yo estoy agradecido de que confiara en mí —le dijo uno de ellos, todavía con el disfraz puesto.

—Os escogí bien. Tardé en hacerlo, no podía confiarme a cualquiera. El único que me falló fue Willow, que se volvió loco y tuve que eliminarlo, pese a que fue él quien me puso en contacto con Lesteresa, el marciano. Ese Willow se las arregló en la Tierra para suplantar a un penado, al verdadero Willow, y llegó a Ceres bajo esta personalidad. Pero, por lo visto, una *nurse* lo descubrió y él se puso demasiado nervioso. Cometió demasiadas torpezas para lo listo que era.

—Pero Willow, ¿era marciano o no?

Ante aquella pregunta, Androclus sonrió primero y aclaró después:

—Sí, era un marciano espía que operaba en la Tierra; por allí andan unos cuantos. Si hubiera venido aquí como marciano, habría sido sospechoso inmediatamente, como los otros que ya tenemos aquí, muy vigilados y controlados. Él se filtró como un penado vulgar y tuvo la misión de ponerse en contacto conmigo. Luego, para convencerme de lo que decía era cierto, me comunicó con Lesteresa con un vulgar telecomunicador, pero en clave. Lesteresa confirmó todos los puntos del trato que Willow tenía que hacer conmigo. En ocasiones me pregunto por qué me eligieron a mí. ¿Cómo sabían que el trato me interesaría?

—Esos marcianos son muy listos —opinó uno de sus secuaces.

—No tanto como se creen. Después de todo, tenía que eliminar a Willow mas tarde o más temprano, porque él hubiera terminado conociendo el secreto del artefacto nuclear, y si los marcianos tienen en sus manos ese secreto cuando lleguen aquí, a lo peor no quieren cumplir su trato conmigo. Yo estaría en sus manos y tendría que aceptar sus condiciones. No, no quiero que me controlen. Quiero que el secreto sea mío y tener así una posición de fuerza para cuando ellos lleguen a Ceres. De ese modo, teniendo yo la llave de la destrucción del asteroide, serán más amistosos en el trato y no se olvidarán de cumplir nada de lo pactado. Ya veis que no descuido un detalle y vosotros estaréis conmigo en todo. No os arrepentiréis por confiar en mí. Hasta ahora habéis sido vulgares celadores; en adelante seréis

copropietarios de los yacimientos más lucrativos que jamás haya encontrado la Humanidad, tanto terrícola como marciana. Yo mismo, que parezco tener un gran cargo, no dejo de ser un nombre sometido a unos reglamentos y sin grandes miras de futuro. Poseo un *cottage* en Acapulco, pero ¿de qué me sirve? No, seré un hombre importante y perteneceré al gobierno marciano. Esto que hacemos nosotros lo han hecho muchos antes a lo largo de la historia: cambiar de nacionalidad para obtener mejores puestos o recompensas. En fin, ¿para qué seguir hablando? Lo que vais a obtener, ni siquiera habríais podido soñarlo jamás. En la actualidad, sólo el gobierno federal terrícola se beneficia de la carbouranita que aquí se extrae.

Los tres traidores, contentos, se golpearon entre sí con el codo y se apresuraron a cambiar sus ropas, borrando las pinturas que desfiguraban sus rostros para que no fueran identificados, y si sospechaban de alguien, que fuera de unos hipotéticos marcianos arribados a Ceres inexplicablemente, nunca de los mismísimos celadores, que, además, iban armados.

En el vehículo de oficialía regresaron todos a la base. Iban bien pertrechados de armas y nadie receló de ellos cuando avanzaron por los corredores con paso rápido.

Todos conocían al mayor Androclus y también estaban registradas las placas de los celadores armados que le seguían.

El mayor Androclus frunció un tanto el ceño al descubrir a dos vigilantes armados ante la puerta del despacho del alcaide, pero su vacilación fue mínima.

Al llegar junto a ellos, los centinelas le saludaron marcialmente.

—Bien, basta de saludo. ¿Está el alcaide dentro?

—No, mayor. Nos han ordenado que vigilemos la puerta y no dejemos pasar a nadie.

—¿Quién os ha dado la orden?

—El capitán Fermory, "por orden directa del alcaide, mayor.

—Bien. Tú y tú, ocupad el puesto de estos dos y vosotros acompañadme adentro.

—Mayor, nos han dado orden de permanecer aquí —objetó uno de los celadores, lo que puso un gesto colérico en el rostro de Androclus.

—Soy el comandante en jefe del cuerpo de celadores. Obedeced o seréis expedientados de inmediato.

—Lo que usted ordene, mayor.

Dos de los secuaces de Androclus se colocaron a derecha e izquierda de la puerta del despacho.

Androclus puso su mano en la placa blanca de identificación y la puerta se abrió automáticamente, ya que él tenía paso franco, dada su graduación.

Entró en el despacho seguido por su secuaz, traidor como él, y los dos vigilantes que no habían tenido otro remedio que obedecer a su superior de máximo grado en Ceres, dentro del cuerpo de celadores.

Ya dentro de la estancia, donde era usual que entrara el mayor Androclus, éste se volvió hacia los dos guardianes y dijo:

—Quedaos ahí.

Ambos obedecieron.

El mayor sacó su pistola y ante la perplejidad de los celadores, que no sospechaban nada, les encañonó.

Después, nada. El mayor Androclus acababa de reducirlos a cenizas con una pistola láser de infrarrojos.

—Eso es eliminar estorbos —comentó su secuaz.

—Claro. Tú ponte junto a la puerta.

—Sí, mayor. Si entra el alcaide, le daremos la bienvenida.

Androclus se situó ante la mesa escritorio. Abrió el cajón que no estaba cerrado y buscó en su interior. Poco después, comenzaba a separarse la mesa, dejando al descubierto lo que él había estado buscando desde que hiciera el trato con los marcianos.

El asteroide Ceres, el más importante yacimiento mineral de la historia de la humanidad del sistema solar, iba a ser suyo, porque no sería tan imbécil de entregarlo a los marcianos sin condiciones que él les obligaría a respetar.

Para algo se había convertido en traidor a la Federación Terrestre.

El comisario Wal van Reims se hallaba en el *snackcoffee* tomando una comida frugal con abundancia de café cuando vio venir hacia él a Slawia.

La joven parecía haberse repuesto de su fatiga y calzaba mocasines de descanso. Por ello, caminaba despacio y controlándose para no dejarse llevar por la diferencia de gravedad y acabar dando saltos dentro de la cafetería.

—¿Cómo te sientes, Slawia?

—Bien, mucho mejor.

—¿Por qué no te has quedado descansando?

—Se ve que soy invulnerable a los sedantes. No podía dormir pese a que he permanecido mucho tiempo con los ojos cerrados y he practicado algo de yoga. Estoy muy excitada por los últimos acontecimientos, lo que ocurre me preocupa mucho.

—A mí también. Y los pies, ¿cómo van?

Ella se tocó los pies con delicadeza, siguiendo con la mano la curva de las pantorrillas y el talón.

—Magullados, pese a que apenas tocaba el suelo al correr. Ha sido una experiencia maravillosa. Era como volar, como sentirse pájaro en un planeta que no tiene pájaros, porque este asteroide es tan grande que parece un planeta. Pero han sido muchas millas a recorrer. En el aercóptero se hacen con mucha facilidad, pero a pie es demasiado trecho, aun aprovechando la escasa gravedad de Ceres.

—Sí, ha sido un poco pesado, pero a la vez maravilloso, como tú has dicho. Yo, que soy un cosmonauta, también me he sentido un poco pájaro, pero mucho mejor porque iba de la mano de una linda paloma.

—Vamos, Wal, no te pongas romántico ahora. Eso está caduco y más en la mentalidad de los cosmonautas como tú, un intrépido guerrero del espacio. Se acercó una camarera para decirles: —Comisario, le llaman por el videoteléfono. —Gracias —repuso Wal, viendo aparecer en el centro de la mesa el videoteléfono, que se puso en marcha, apareciendo el rostro de un oficial de celadores. —Al aparato el comisario Van Reims. —Comisario, ha llegado su robot trayendo los cadáveres del ingeniero Celaya y la señorita Gioconda. ¿Qué ordena

que hagamos?

—Colóquenlos en el depósito funerario y aguarden nuevas instrucciones. Yo me comunicaré personalmente con el alcaide.

—Lo que usted ordene, comisario Van Reims.

El oficial iba a cortar la comunicación, pero Van

Reims le pidió:

—Espere... Dígale a Chipper que se ponga ante el aparato.

—¿Chipper, quién es Chipper, comisario?

—El robot Vulcanium.

—¡Ahí, pero ¿él se puede poner ante el aparato?

—Tiene más capacidad de lo que usted imagina, oficial. ¿Por qué cree que les ha entregado los cadáveres a ustedes?

—Sí, claro —aceptó, desconcertado, el oficial, pues los robots que él conocía eran máquinas bastante simples y aquel robot era casi un humanoide.

Wal no tardó en ver en la diminuta pantalla del videoteléfono la cabeza del robot, que con su mirilla electrónica le escrutaba a él a través de la pantalla.

—Chipper, ¿me recibes bien?

—Sí, positivo.

—Vas a dirigirte al despacho del alcaide. Frente a su puerta hay dos vigilantes. Espérame junto a ellos.

¿Comprendido?

—Sí, positivo. Orden recibida.

—Pues hasta ahora. En seguida me reúno contigo, Chipper.

Cortaron la comunicación. Slawia comentó:

—Es fantástico tú robot. Cualquiera diría que hay una persona dentro de ese caparazón metálico.

—A veces, yo también lo pienso, y me dan ganas de coger un abrelatas y despanzurrarlo para ver si es verdad que hay un tipo dentro. La verdad es que me ganó al póquer.

—¿Al póquer? —se rio Slawia contra su propia voluntad, ante la sorprendente noticia.

—Sí. Ya sé que todos son unos genios jugando al ajedrez, pero al póquer no lo esperaba, francamente. Creo que le enseñé demasiado bien. —Encendió un cigarrillo y añadió—: Si me esperas aquí, volveré pronto. Voy a ver al alcaide para comunicarle la arribada de los cadáveres.

—No tengo deseos de tomar nada. Si me dejas, te acompaño.

—Cómo no. Pero el alcaide, que es muy riguroso con las ordenanzas, te va a preguntar por qué no llevas las botas lastrantes. Me lo ha preguntado incluso a mí.

—Tengo un pase de rebaje dado por el doctor.

—Bien, vamos entonces, aunque puedes tomar algo de café si quieres.

—Tomaré la mitad de tu taza, si no te molesta.

—Claro que no. A quien debería molestarle es a ti y no a mí.

Slawia sorbió el café que no había llegado a tomar Van Reims y ambos se dirigieron al despacho del alcaide.

Cuando llegaron al corredor donde se ubicaba, vieron a los dos centinelas de la puerta muy tensos ante el robot que se había detenido frente a ellos.

—Muy bien, Chipper —saludó Van Reims.

—Comisario, llévase a ese robot de aquí —dijo uno de los vigilantes.

—Vamos a entrar en el despacho del alcaide —repuso Van Reims.

—El alcaide no está, comisario, y nadie puede entrar en el despacho.

—Lástima, no está.

De pronto, Van Reims observó un pequeño detalle que para cualquiera habría resultado intrascendente y lo señaló.

—¿Qué es esa pintura rojiza que tiene junto a la oreja? —preguntó a uno de los vigilantes.

Se produjo una nueva y más fuerte tensión. El celador se tocó la oreja y tragó saliva con dificultad. —No sé qué será, comisario.

Van Reims, que sospechaba algo, se atrevió a añadir: —¿No tienen los marcianos ese color rojizo? ¿Dónde está el resto del disfraz?

El guardián, sorprendido, sintiéndose descubierto y carente de la frialdad de su jefe Androclus, desvió su arma hacia Van Reims para matarle.

—¡Cuidado, Wal! —chilló Slawia.

Brotó un chorro letal, pero no del cañón del arma, sino de la mirilla visora del robot Vulcanium.

El traidor se retorció, quedando en el suelo convertido en una masa informe y maloliente de la que escapaba un humillo nauseabundo.

Chipper había salvado la vida de Van Reims. El otro celador echó a correr. No quería que le sucediera lo mismo que a su compañero y comprendía que su arma iba a hacer muy poco en contra del robot Vulcanium.

Van Reims, que no llevaba botas lastrantes, en dos saltos se colocó encima del fugitivo. Lo sujeto por el cuello, lo desarmó y ordenó a Chipper:

—Ven y sujétalo.

Al poco, el traidor estaba inmovilizado por las manos metálicas del robot, sin posibilidad de escape.

—¿Quién os ha puesto aquí?

—¡Ha sido una orden, comisario, una orden! —gritó el atrapado.

—Sujétalo mejor, Chipper; apriétale un poco

Las manos metálicas del robot se cerraron en torno a los brazos del traidor, que gimió de dolor.

—¡Ha sido Androclus, ha sido Androclus!

—¿El mayor? —dijo Slawia, sorprendida.

—Sí, él es nuestro jefe.

—Diablos, Androclus el jefe de los traidores... Vas a tener que explicar muchas cosas.

—¡Yo no sé nada, lo Juro!

—¿Lo juras, maldito traidor? ¿Cuántos sois?

—¡No lo sé!

—Chipper, duro con él.

—¡No, deténgalo, me va a amputar los brazos con sus tenazas!

—Aguarda, Chipper; parece que éste quiere hablar.

—Orden recibida —respondió el robot.

—Somos cuatro. Es decir, tres, ya que han matado a ése. —Y señaló al caído.

—¿Están dentro del despacho?

—No, ya se han ido.

—¿Después de desactivar el artefacto nuclear?

—Sí.

—Pero ¿adónde han ido?

—A comunicarse con Lesteresa.

—Maldición. Esto se pone feo... No tardaremos en recibir un ataque marciano. Pero ¿cómo habéis podido ser tan traidores?

—El mayor Androclus dijo que seríamos ricos y poderosos como copropietarios de este asteroide.

—Estúpidos. ¿Cómo se va a comunicar el mayor Androclus con Lesteresa?

—Tiene un pequeño emisor.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

—Dilo o le ordeno a Chipper que te haga pedazos.

—Está tras Whiterock.

—Esa es la roca siempre iluminada —aclaró Slawia.

El alcaide, que llegaba en aquellos momentos, interpeló sorprendido:

—Eh, ¿qué pasa aquí?

—Alcaide, hemos encontrado a los supuestos marcianos.

—¿Es un vigilante? ¿Y eso que hay en el suelo?

—Era otro vigilante, y, sorpréndase, alcaide, el jefe de los traidores es el mayor Androclus, que debe estar poniéndose en contacto con el marciano Lesteresa y su cuadrilla de combate para que puedan invadir Ceres.

—¡No es posible, no puedo creerlo! —replicó el alcaide.

—Para convencernos todos, vayamos a su despacho y comprobemos si ha sido desactivado nuestro sistema de defensa.

El alcaide asintió. Penetraron en su despacho y en el suelo descubrieron los restos de dos seres humanos.

—Por todos los diablos, ¿qué es esto? —rugió el alcaide.

—Me temo que sean los celadores que estaban vigilando la puerta y que han sido asesinados. Le habrá sido fácil al mayor Androclus sustituirlos por los traidores que hemos encontrado luego.

—Esto parece imposible, imposible —se lamentó el alcaide.

Poco después comprobaban que, en efecto, el sistema de defensa había sido desactivado.

—Ese mayor es un demonio. Ha sabido manipular todo esto sin quedar electrocutado —gruñó el alcaide—. ¿Qué hacemos ahora?

—No podemos activar el sistema de nuevo. Si los marcianos rebasan el cordón de los satélites de vigilancia, todo se destruirá y no habrá servido para nada, puesto que el sistema de defensa está basado en el temor que los marcianos puedan sentir de que Ceres sea reducido a polvo cósmico. Si creen tener vía libre, vendrán y todo quedará destruido. Tendremos una guerra suicida por culpa de la ambición y la

codicia de un tipo como el mayor Androclus.

—Entonces, ¿qué hacer? —interrogó Slawia. —Yo saldré a recibir a los marcianos —manifestó Van Reims—. Usted, alcaide, ordene la búsqueda y captura de Androclus, dé la orden por toda la megafonía de Ceres para que lo encuentren dondequiera que se esconda.

—Bien, pero...

Slawia expuso el temor que también sentía el alcaide Mills.

—Sólo con una nave de combate no vas a poder enfrentarte a una escuadrilla que puede preceder a un convoy de ocupación marciano.

—Lo intentaré. No tenemos tiempo para pedir refuerzos a la Tierra. Alcaide, cuando se lo indique por radio, ponga de nuevo en marcha el sistema de defensa. ¿Comprendido?

—Sí, comisario.

—Ahora, ordene que los mecánicos del hangar tengan una grúa lista y unos cables para sujetar a Chipper sobre la nave.

—¿Quiere decir que va a colocar a su robot en el fuselaje de la nave?
—preguntó el alcaide, asombrado.

—Así es. Ustedes lo han dicho: soy yo solo contra una escuadrilla. Aumentaré mi poder ofensivo con el robot Vulcanium. Sujeto con cables al fuselaje de la nave, tendrá capacidad de combate autónoma y me ayudará mucho.

—Es algo sorprendente, pero así lo haremos.

—Avisé al hangar mientras Chipper y yo nos dirigimos hacia allá.

—¿Y el prisionero? —inquirió el alcaide.

—Chipper, duérmelo —ordenó Van Reims.

El traidor chilló desaforadamente.

—¡No, no, que no me haga daño!

Chipper aplicó uno de sus dedos en el cuello del traidor y éste dobló la cabeza, sumiéndose en un profundo sueño tras recibir la controlada descarga eléctrica en su sistema nervioso.

Slawia se encaminó a la puerta, diciendo resuelta:

—Te acompaño.

En el hangar ya estaban dispuestos los mecánicos.

Chipper fue elevado con una grúa y colocado sobre el fuselaje, en unos ganchos que la nave tenía para sujetar incluso a los cosmonautas si éstos tenían que efectuar reparaciones hallándose en navegación interplanetaria.

El robot quedó sentado y bien sujeto para que la velocidad no le arrancara de allí. Van Reims se le acercó.

—Chipper, ¿estás cómodo?

—Sí, positivo.

—Eres fácil de conformar y tú no pasas frío como nosotros, los humanos.

—Sí, positivo.

—Espero que la aceleración no te arranque la cabeza del tronco. Hasta que no hayamos salido de la atmósfera de Ceres permanecerás tumbado sobre el fuselaje de la nave para ofrecer el mínimo de resistencia. Después, ya fuera de la atmósfera, te sientas como estás ahora y cuando descubras una nave, la destruyes. ¿Comprendido?

—Sí, positivo. Orden recibida.

—Pues adelante, Chipper. A ver si tenemos suerte. No sé cuántos nos van a salir, pero serán duros de pelar. Buena suerte. Chipper.

—Igualmente, comisario —repitió la bocina parlante.

—Por todos los diablos, algún día voy a soñar contigo y nadie me va a quitar de la cabeza que hay un tipo dentro de ese cascarón metálico.

Slawia intentó subir a la nave, pero Van Reims se lo impidió.

—No, tú aguarda aquí. Dile al alcaide que vaya lanzando al aire con intermitencia y en varias ondas la noticia de que el mayor Androclus ha sido descubierto como traidor y que el sistema de defensa nuclear ha sido reactivado. —Así se lo diré.

—Adiós, Slawia. Si vuelvo, hablaremos sobre ti y sobre mí.

—Te espero, Wal.

Emocionada, Slawia le vio desaparecer en el interior de la nave, que pasó al astrodromo. Con el robot tendido sobre el fuselaje, se puso en marcha y despegó de Ceres.

Lo vieron perderse como un punto luminoso en el espacio, como transformado en una estrella más.

La nave de combate cósmica rebasó el cinturón de satélites y no tardó en descubrir unos puntos luminosos que avanzaban a vertiginosa velocidad sobre Ceres. Era la invasión marciana.

Van Reims puso proa hacia ellos para hacerles frente de forma suicida.

El robot ya se había sentado sobre el fuselaje sin tener que soportar la resistencia del aire. Su capacidad de maniobra era grande, pues su cabeza podía girar los trescientos sesenta grados.

Van Reims observó la mortífera escuadrilla cuadrangular en la formación de combate. Tras ella, algo más alejada, venía una segunda escuadrilla.

Desde mucha distancia, oprimió el botón de fuego tras colocarlos a todos bajo el sistema ofensivo.

Dos grandes explosiones se produjeron en el espacio al ser alcanzadas sendas naves enemigas. Van Reims cambió de rumbo inmediatamente para esquivar los disparos que llovieron sobre él.

La distancia entre los invasores y Van Reims se acortó. Fue una encarnizada lucha cósmica.

Chipper, que sólo podía actuar a una distancia más reducida, entró en combate haciendo estallar una de las naves enemigas.

Los disparos se sucedían y los rayos del combate, como finas líneas trazadas en el espacio, podían verse desde Ceres en la cara nocturna del mismo.

Uno de los impactos dio de lleno en el robot Vulcanium. Se produjo una viva luminosidad, pero no sucedió nada, ya que Chipper reflejó el rayo destructor.

Tras la destrucción de cinco naves marcianas, Van Reims observó la retirada de las tres restantes. No supo si se debía a que le temían a él o

que ya habían captado la comunicación de que el artefacto nuclear había sido reactivado.

Mientras, en Ceres, el mayor Androclus huía por la cara siniestra del asteroide, sabiéndose perseguido. Huía hacia un desierto hostil de frío, de noche y hambre que terminaría enloqueciéndole; Tiempo más tarde, sería encontrado despeñado en el fondo de algún ignorado cráter.

—Magnífico, Chipper. ¿Cómo estás? —En perfecto estado, comisarlo.

—Pues volvemos a la base. Slawia me espera.

El robot Vulcanium se tendió sobre el fuselaje, dispuesto a soportar el roce de la atmósfera del asteroide más rico en yacimientos del sistema solar.

El conato de invasión marciana había sido abortado y los traidores exterminados.

FIN